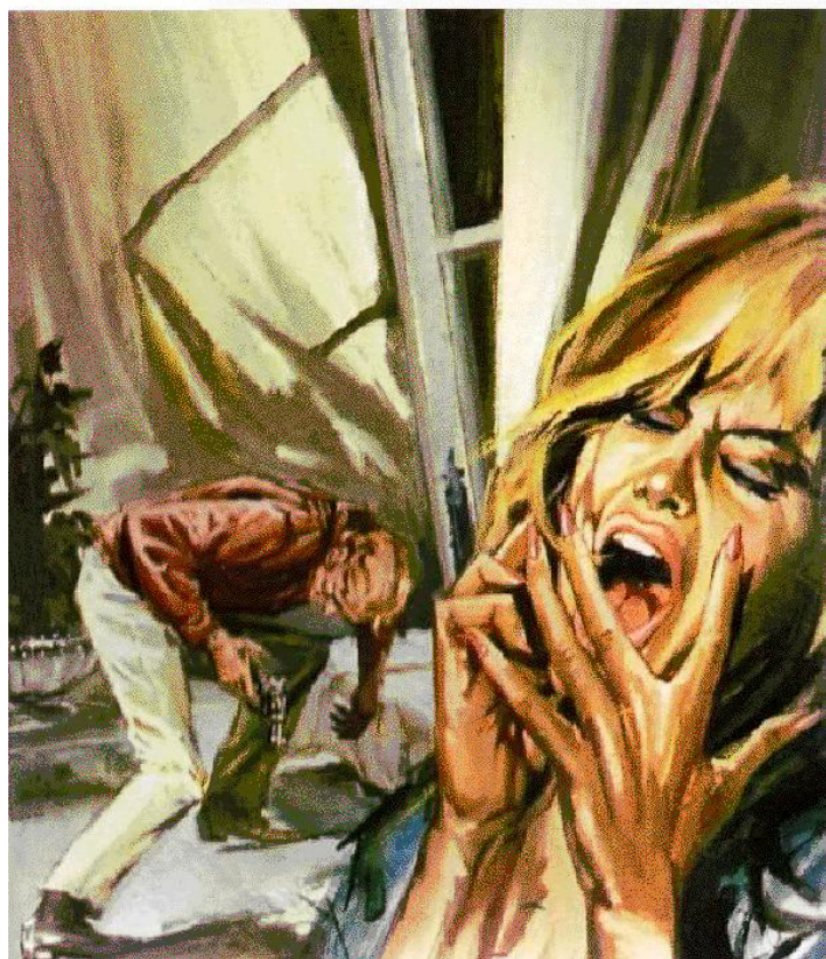




el alarido de allá arriba

KEITH LUGER



COLECCION

PUNTO ROJO



KEITH LUGER

EL ALARIDO DE ALLA ARRIBA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 745
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 27.337 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: agosto, 1976

© Keith Luger, 1964

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.283 — La historia de Bill *el Melenas*.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.354 — Crimen para una embustera.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

967 — El Oeste en llamas.

En Colección SALVAJE TEXAS:

729 — La venganza.

En Colección KANSAS:

667 — Mala hierba nunca muere.

En Colección BRAVO OESTE:

581 — Tres hombres van a morir.

En Colección PUNTO ROJO:

741 — Camino de la fosa.

En Colección CALIFORNIA:

752 — La historia de Buby *el Llorón*.

En Colección ASES DEL OESTE:

900 — Dos viejos lobos.

En Colección COLORADO:

610 — ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

344 — Todo es posible en Texas.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

82 — La chica del rifle de oro.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

5 — Asesino Murray.

CAPÍTULO PRIMERO

El doctor Dan

O'Malley

interrumpió el paso en el corredor a la enfermera Debra Heston.

—Debra...

—¿Sí, doctor?

—¿Qué hace el día de Nochebuena?

—Palta mucho.

—Eh, Debra, ¿vive en una nube? Es mañana.

—Caramba, cómo pasa el tiempo.

El doctor

O'Malley,

pelirrojo, apuesto, bello como un Apolo con pecas, se inclinó sobre la enfermera.

—No lo he pensado todavía, doctor

O'Malley.

Queda mucho.

—Usted y yo pasaremos juntos la Nochebuena. He descubierto un lugar maravilloso, Debra. Está en Saint Germain-des-Prés. Le gustará.

—Disculpe, doctor, pero no puedo comprometerme.

—¿Por qué?

—La verdad es que no había pensado salir.

—Eh, Debra, usted es joven, bonita, optimista... No irá a pasar una Nochebuena sola en su apartamento.

—Es mi primera Nochebuena en París, doctor

O'Malley

y la verdad es que preferiría pasarla con mi familia.

—¿Con su familia?... ¿No dijo que todos los suyos están en Detroit?

—Sí, pero había pensando cenar con la fotografía de mis padres

delante y otra de mi hermana Hellen, que tiene ocho hijos.

—¿No le parece demasiada gente? No cabrán en una mesa —el doctor rió su propio chiste y en seguida agregó—: Se divertirá mucho más conmigo. Y si echa de menos a su familia, estoy dispuesto a arrojarme al Sena.

La joven dio un suspiro.

—Doctor

O'Malley,

le daré mi respuesta mañana.

—Como será afirmativa, ordenaré la reserva de la mesa.

—Oh, no se anticipe...

—No tengo, más remedio que hacerlo o se llenará el local. El *maitre* ya me anunció que debía avisarle con veinticuatro horas de anticipación al menos. Ahora mismo la encargo.

—Pero doctor... —dijo Debra, y se interrumpió porque

O'Malley

se alejó rápidamente de ella hacia el ascensor.

La joven dio otro suspiro y continuó su camino.

Poco después entraba en la habitación señalada con el número 314, al fondo del corredor.

Sorprendió a un hombre inclinado sobre el paciente que respondía al nombre de William Leigh.

—Bill, soy yo —decía—; tu amigo Jerry... Responde, muchacho... Es importante, muy urgente que abras la boca de una condenada vez.

—Eh, ¿qué hace? —dijo Debra.

El hombre, calvo, dio un respingo y alzó los ojos. A Debra no le gustó su cara. Estaba llena de protuberancias y sus ojillos poseían un extraño brillo maléfico.

—Hola, enfermera.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Por la puerta.

—Lo supongo, pero no debió entrar. El doctor Johnson prohibió que se molestase al enfermo.

El calvo quiso sonreír jovialmente.

—Soy un gran amigo de Bill; bueno, algo más que eso... Casi un hermano... Me enteré de su accidente y he venido a verlo... Pobre Bill, ya se lo dije, era un tipo muy distraído.

—No diga era, todavía está vivo.

—Bueno, era una forma de hablar. Siempre le decía que mirase donde iba, sí señor. Hoy día, con tanto automóvil por ahí, es difícil ser peatón. Se lo repetí una y otra vez, señorita, ¿y de qué valió eso?... Ya lo ve, atropellado por un coche.

—Les ocurre incluso a los que son precavidos, señor... ¿Cuál es su nombre?

—Pierre Orcel.

—¿Por qué le dijo Jerry?

—¿Eh?

—Cuando yo entré, le estaba diciendo a él que era Jerry.

—Bueno —trató de sonreír otra vez al visitante calvo—. Soy francés, ¿sabe?, y él es americano. Una vez me dijo que tenía cara de llamarme Jerry, y para él he sido siempre Jerry.

—Está bien, Jerry. Ya puede marcharse.

—Oiga, quería hablar con él.

—Está dormido. Se le administró un calmante.

—¿Cuándo despertará?

—Dentro de un par de horas.

—Oiga, señorita, ¿no podría despertarlo un poco?

—¿Está loco? El señor Leigh ha sufrido un grave accidente. No se rompió nada, pero está bajo los efectos de una fuerte conmoción cerebral.

—¿Se morirá?

—El doctor

O'Malley

ha dicho que el señor Leigh ha tenido mucha suerte. Sobrevivirá, señor Orcel.

—Estupendo. No sabe cuánto me alegran sus noticias, señorita. ¿Sabe una cosa...? Quiero mucho a Bill, de modo que me voy a quedar.

—¿Se refiere a quedarse en esta habitación?

—Sí.

—No puede, señor Orcel.

El calvo emitió una risita sardónica y sacó del bolsillo un fajo de billetes.

—Estoy seguro de que lo podremos arreglar.

—Oh, no, señor Orcel, guárdese su dinero. Orcel abrió la mano

mostrando los billetes.

—Son dólares, ¿sabe?

—Me podría enseñar rublos, marcos o cruzeiros, y de nada le serviría, señor Orcel —la joven levantó la barbilla y alzó el brazo señalando la puerta—. Salga.

—Pero, señorita, mi amigo se va a sentir muy solo cuando recupere el conocimiento... Estoy seguro que él agradecerá ver una cara amiga. He oído decir a los doctores que la sicología cuenta para que un enfermo mejore.

—Señor Orcel, el doctor me dio orden de que el señor Leigh no viese a nadie y quiero cumplir mi obligación.

—Está bien, no quiero ocasionarle más molestias —el calvo se dirigió hacia la puerta, pero cuando ya estaba a punto de salir se volvió—. ¿Cuándo le podré ver?

—Pregunte mañana al doctor Johnson.

—Está bien, gracias por todo. El calvo salió de la habitación.

Luego, Debra caminó hacia la cama y miró al hombre que estaba tendido en ella, cubierta la cabeza por un vendaje. Podía tener cuarenta años y era de cara ancha, nariz aguileña, boca de labios gruesos. Había ingresado en el hospital americano cinco horas antes. Al parecer se trataba de un accidente, uno de los muchos que podían ocurrir todos los días en París, un atropello en el que el automovilista se había dado a la fuga. Según la documentación de la víctima, William Leigh se encontraba en París en viaje de negocios procedente de Nueva York, era divorciado, sin hijos y trabajaba por cuenta de una firma dedicada a la importación y a la exportación. Sólo llevaba en París dos días y se alojaba en el hotel Myflower.

Tomó la temperatura del enfermo. Tenía un poco de fiebre. Los antibióticos habían producido su efecto.

De pronto el enfermo se movió.

—Joan —murmuró.

Hablaba en sueños, quizá fuese víctima de una pesadilla.

—Joan —repitió—. Joan, cuidado... Ya lo tengo... Te lo dije... Te dije que no fallaría... Te advertí que debías confiar en mí... Hemos ganado...

Debra tuvo la impresión de que no se encontraba a solas en la estancia. Se volvió esperando encontrar al hombre calvo.

Pero ahora no se trataba de Pierre Orcel o de Jerry. Era otro hombre. Un tipo pequeñajo, de frente arrugada, que defendía sus ojos con lentes de alta graduación y se cubría con una gabardina muy clara, el cuello levantado, y sombrero de fieltro.

—¿Qué es lo que dijo, señorita?

—¿A quién se refiere?

—A su paciente, naturalmente.

—No puede decir nada. Duerme.

—Eh, oiga, no me engañe —la señaló con el dedo—. Estaba hablando. Oí su última frase. Estaba diciendo: «Te advertí que debías confiar en mí. Hemos ganado».

—Deliraba.

—Muy bien, deliraba, pero debió decir algo más, ¿lo oye? Necesito conocer lo que dijo durante su delirio.

—Eh, oiga, ¿quién es usted?

—¿Qué importa quién sea?

—Nadie puede entrar en esta habitación.

—Oiga, ya estoy dentro... Sea una buena chica, ¿quiere? —¿Cuál es su nombre? Todavía no lo dijo.

—¿Importa eso?

—Mucho.

—Está bien. Soy Maximilian, un gran amigo de ese muchacho que está herido. ¿Me lo va a decir ahora? —El hombre se adelantó hacia la cama.

—No se acerque al enfermo —dijo Debra. Maximilian se detuvo junto al lecho.

—Pobre Bill... Hemos sido como hermanos.

—Ustedes son una familia muy numerosa.

—¿Sí?

—Antes llegó otro hermano. Maximilian cerró un ojo.

—¿A qué hermano se refiere?

—A un tal Pierre Orcel. A veces se llama Jerry.

—Descríbalo.

—Señor Maximilian, soy yo quien hace las preguntas y ya terminé. Ahora, márchese.

—¿Quién fue el que vino?

—Terminé mi conversación con usted y, si no sale ahora mismo, llamaré a alguien que lo haga salir.

Maximilian sacó la mano del bolsillo. Manejaba con ella una pistola. Debra lo miró asombrada.

—Eh, ¿qué significa esto?

—Le hice una pregunta, señorita, y le conviene responder cuanto antes.

—Está bien, era un hombre de unos cincuenta años, calvo, cara llena de bultos...

—El puerco de Stephen.

—Ya le he dicho que dijo llamarse Pierre Orcel, pero al dirigirse al señor Leigh dijo que era Jerry.

—El pudo decir que era Papá Noel, pero era Stephen, ¿lo oye?

—Como usted quiera.

—¿Qué es lo que le dijo a Stephen?

—Oh, nada.

—Vamos, dígalo. Recuerde que tengo una pistola y que le estoy apuntando con ella.

—El señor Leigh estaba durmiendo como ahora.

—Pero quizá deliró.

—No, entonces no deliraba.

—Volvamos al principio, al momento en que yo entré. Entonces sí deliraba. ¿Qué es lo que dijo?

—Lo que usted oyó.

—Vamos, déjese de cuentos. Debió contar algo más.

—Le aseguro que sólo dijo lo que usted oyó...

—Oiga, nena, no me gustaría echarle a perder ese uniforme que le queda tan mono.

—No se atreverá a disparar.

—No, ¿eh? —rió Maximilian enseñando unos dientes cortantes como los de una sierra, Debra tuvo la seguridad de que Maximilian dispararía.

—Se refirió a una mujer.

—¿A qué mujer?

—No lo sé. Sólo dijo su nombre.

—¿Qué nombre?

—Joan.

Maximilian agrandó los ojos.

—Joan, ¿eh? ¿Qué es lo que dijo a Joan?

—Que tuviese cuidado.

—¿Qué más? ¡Y no espere que le saque las palabras con sacacorchos!

—Lo que tiene en la mano no es un sacacorchos.

—Muy bueno el chiste, pero hable o termine con su carrera de enfermera.

—Lo que dijo él fue algo así como que ya lo tenía. Maximilian entreabrió la boca.

—¿Qué es lo que tenía?

—No lo explicó.

—Señorita, no acabe con mi paciencia.

—Le he contado ya todo.

—Debe haber algo más.

—No, señor. No lo hay.

Maximilian miró fijamente a Debra, los ojos semicerrados, como si pretendiese taladrar el pensamiento de la enfermera.

—No me gustan las bromas, señorita.

—A mí tampoco.

—Voy a suponer que me dice la verdad.

—Hace muy bien. Ahora márchese.

—No. Todavía no. Quiero hablar con mi amigo Bill Leigh. Despiértelo.

—No lo puedo despertar. Está grave.

—Conque no, ¿eh?... Muy bien. Lo despertaré yo de un culatazo.

—No sea bruto. No puede hacer eso.

—¿Quién le ha dicho que no?

—No va a adelantar nada con su pistola, Maximilian. El señor Leigh duerme artificialmente. Le fue administrada una droga cuando llegó al hospital. Todavía no le pasó el efecto. Por eso duerme.

—Está diciendo una tontería para que la deje en paz y lo deje también a él. Eso es lo que pretende. Que me marche de aquí.

—Le aseguro que es cierto.

—¿Cuándo despertará?

—Dentro de un par de horas. Maximilian consultó su reloj.

—Ahora son las seis... De modo que a las ocho abrirá los ojos... Muy bien. Ya me voy, pero volveré.

Desde hacía un rato, Debra tenía la impresión de encontrarse en un sanatorio de enfermos mentales y no en el Hospital Americano

de París. Primero había sido el calvo de los cien nombres y ahora Maximilian, aquel tipo de los lentes, dispuesto a manejar la pistola en cuanto se le contrariaba.

Maximilian se detuvo junto a la puerta lo mismo que lo había hecho Pierre, Jerry o Stephen. Volvió la cabeza y sonrió torciendo la boca.

—Se me olvidaba un detalle.

—¿Sí, Maximilian?

—No diga de esto una palabra, y ya me entiende lo que quiero decir. No se le ocurra avisar a nadie. Y con esto quiero decir que la policía queda incluida. ¿Lo entendió bien, señorita?

—Sí, lo entendí.

—¿Cuál es su nombre?

—Debra Heston.

—Es muy bonita, señorita, Heston, y lamentaría mucho estropearle la cara. Es lo que ocurriría si usted se fuese de la boca.

—Hizo una pausa—. Volveré.

La puerta se cerró tras de Maximilian.

Debra parpadeó como si acabase de salir de un sueño. ¿Era posible que a ella le estuviese ocurriendo aquello? ¿Se encontraba realmente en una habitación del hospital o en una estación del metro?

Debra miró al enfermo. ¿Quién era aquel hombre? ¿Qué misterio le rodeaba?

Ya no estaba dispuesta a creer que el accidente hubiese sido casual. El automovilista se había dado a la fuga y eso quería decir que William Leigh había sido víctima de un atentado.

Lo hablan querido asesinar.

Naturalmente, su deber era avisar al doctor Johnson y él se ocuparía de informar a la policía.

Descolgó el teléfono.

—Por favor, quiero hablar con el doctor Johnson —dijo a Peggy, la pizpireta muchacha de la centralilla.

Esperó unos segundos y en seguida oyó la voz del doctor Johnson.

—¿Sí?

—Jefe, le habla Debra. ¿Puede venir inmediatamente a la habitación 314?

—¿Qué pasa? ¿Se puso peor el enfermo?

—Mucho peor, doctor. Lo van a matar.

—¿Qué dice, Debra?

—Sería mejor que se lo explicase personalmente, doctor Johnson.

—Está bien, allá voy.

Cuando colgaba oyó hablar de nuevo al paciente.

—Joan... Cuidado... Estos tipos son peligrosos... Son capaces de todo... Joan, te pueden matar... Yo ya estoy muerto... ¿Lo oyes?... Muerto... Debes tener cuidado con el tipo del auto... Le vi bien la cara cuando me mataba...

El doctor Johnson entró en la habitación esbozando una sonrisa. Frisaba en los cincuenta años y era rollizo, carirredondo, de ojos pequeños.

—¿Dónde está el asesino?

—Ya se fueron.

—De modo que hay más de uno...

—Vinieron uno tras de otro.

—Explíqueme eso.

Debra hizo un relato de lo que le había sucedido durante la última media hora. El doctor Johnson la escuchó atentamente y luego dijo:

—Tiene usted razón, Debra, debemos tomar precauciones. Llamaré a la policía. Quédese aquí mientras tanto.

—Me encerraré con llave y no dejaré entrar a nadie.

—Me parece una buena idea.

El doctor Johnson salió de la habitación y, en el minuto siguiente, Debra cerró la puerta y pasó la llave.

Sacó un cigarrillo que prendió con el encendedor de gas. De pronto el paciente se movió.

—¿Dónde estoy?... ¿Qué es esto?... No lo conseguiréis... No me sacaréis una sola palabra.

Debra acudió junto al lecho.

—Tranquilícese, señor Leigh.

CAPÍTULO II

El paciente abrió y cerró los ojos varias veces hasta enfocar a Debra.

—¿Quién es usted?

—Su enfermera.

—¿Una enfermera?... ¿Cómo he llegado hasta aquí?... Oh, mi pecho, me duele... Ya entiendo, el automóvil... Se lanzó contra mí... Caí al suelo y todo quedó a oscuras, como si me encontrase en una habitación y de pronto hubiesen apagado la luz...

—Calma, señor Leigh, se encuentra en buenas manos. Está en el Hospital Americano.

—¿Qué ha dicho el doctor?

—Sólo tiene una fuerte conmoción. Saldrá de ésta, y eso quiere decir que es usted un hombre con mucha suerte.

—Suerte, ¿eh?... No sabe lo que dice...

El enfermo se mojó los labios con la lengua y a continuación agregó:

—Ellos vendrán.

—¿Quiénes son ellos?

Leigh miró a la enfermera con suspicacia.

—¿Qué le importa a usted?

—Oh, nada.

—Me está engañando.

—Oh, no, señor Leigh.

—Usted no es una enfermera.

—¿Quiere que le enseñe mi credencial?

—Bueno, suponiendo que lo sea, está pagada por ellos. La sobornaron.

—¿Por qué me iban a sobornar, señor Leigh?

Leigh respiraba fatigosamente, con una fuerte carraspera que le salía de los pulmones.

—Ellos quieren a toda costa conseguir algo... Algo muy importante..., pero nunca lo tendrán, ¿lo oye?... Nunca... Ni siquiera con su ayuda —rió cavernosamente.

Había empezado a sudar. Trató de incorporarse, pero hizo una mueca de dolor.

—Diablos, cómo duele... Ese condenado tipo del auto por poco me mata. Pero yo tengo siete vidas, soy como un gato... ¿Lo oye, enfermera?

—Sí, señor Leigh.

La joven se mordió el labio inferior, titubeando. No sabía si hablar al enfermo de sus visitantes.

—Señor Leigh... Vino el calvo.

—¿El calvo?

—Perdón, un caballero que dijo llamarse Pierre Orcel. William agrandó los ojos.

—Jerry, el maldito Jerry... ¿Cómo entró aquí? Es inaudito. La demandaré a usted... Demandaré al hospital... ¿Qué es lo que hizo el condenado Jerry?

—Nada, pero dijo que volvería. Usted estaba dormido. Deliraba un poco.

—Deliraba... ¿Quiere decir que hablé algo?

—Sí.

—¿Qué es lo que dije?

—Se refirió a una tal Joan y a que usted había conseguido algo.

—¿Qué es lo que conseguí?

—No lo dije.

El sudor caía a chorros por la piel de Leigh. Se relajó en el lecho y cerró los ojos.

—Luego vino otro hombre...

Leigh miró otra vez a la enfermera.

—¿Quién vino?

—Dijo llamarse Maximilian.

—¡No!

—Sí, señor Leigh. Estuvo aquí y sus intenciones no eran muy buenas porque traía una pistola. Me amenazó con ella.

Leigh dobló la cabeza observando la puerta, aterrorizado.

—¡Cierre esa puerta!

—Ya está cerrada.

—Ponga una barra de acero... ¡No pueden entrar aquí!... ¡Me matarán!

—Tranquilícese, señor Leigh.

—¿Por qué me dice que me tranquilice?... ¡No puedo hacerlo! Se trata de mi vida, ¿lo oye?

—El doctor ha llamado a la policía.

—¿Qué dice?

—Sí, señor Leigh. Ya ve que nos hemos preocupado por usted.

—¿Es que se han vuelto locos? ¿Cómo se les ha ocurrido llamar a la policía? ¿Con qué derecho han hecho eso?

—Pero, señor Leigh, no se da cuenta de lo que dice. Uno de esos hombres vino aquí con una pistola, ya se lo dije. Habría disparado contra mí.

—Maximilian sólo es un fanfarrón. Nunca habría disparado contra usted. —Leigh se incorporó de nuevo—. Enfermera, ayúdeme, tengo que salir de aquí.

—Oh, no, no puede.

—¿Quién le ha dicho que no? Me encuentro perfectamente. No puedo quedarme en este hospital.

—Tiene que guardar cama unos días. Ha de estar en observación.

—Y un infierno. Sólo estoy magullado. ¡Me iré!

—Tiene usted que estar quieto, en reposo.

—Ya reposaré donde a mí me dé la gana. No quiero permanecer un minuto más en este hospital.

La joven cruzó los brazos.

—Lo siento, señor Leigh, pero no puede salir de aquí.

Leigh respiraba cada vez más jadeante.

—Oiga, enfermera, tiene que ayudarme...

—Ya le ayudé.

—Muy bien. Siga haciéndolo... Ande, traiga mi traje y, mientras me visto, usted avisará a un taxi.

—No haré nada de eso.

—Oiga, enfermera, estoy dispuesto a gratificarla.

—Gracias, pero en este hospital no se admiten gratificaciones.

—Bueno, pero nadie puede prohibir que una persona haga un regalo a otra si le está agradecida...

—Lo siento, señor Leigh, pero usted ha de quedarse aquí. Ya le

he dicho que el doctor Johnson salió para avisar a la policía. William Leigh apretó los maxilares.

—No quiero ver a la policía.

—¿Por qué?

—No es asunto suyo, enfermera. No la quiero ver y basta... Ande, écheme una mano.

—No.

—Oiga, si me ayuda, cuente con un anillo de brillantes.

—Oh, sí, y un collar de perlas.

—Le estoy hablando en serio. —Leigh forzó una sonrisa—. Le gustan las joyas, ¿verdad?

—Como a todas las mujeres.

Debra pensó que era conveniente seguir hablando con él para entretenerlo. El doctor habría llamado a la policía y los agentes se presentarían de un momento a otro.

—Muy bien, señorita, eso me recuerda que aún no sé su nombre.

—Debra Heston.

—Escuche, señorita Heston, ayer cuando pasé por la rué de la Paix vi un anillo con un brillante como una avellana... Debe valer quinientos dólares. Es suyo si me saca de aquí.

—Ni aunque me ofreciese un abrigo de visón conseguiría que colaborase con usted para escapar.

—¡No puede hacerme usted eso!... ¡No puede!

—Trate de dormir.

—¡Ya he dormido bastante, infiernos! Ahora quiero marcharme de este condenado hospital.

En aquel momento sonó la campanilla del teléfono.

El enfermo dio un grito sobresaltado y, como consecuencia, Debra también gritó. Durante un rato los dos miraron el teléfono mientras éste seguía sonando.

—Déjelo sonar —gritó el enfermo.

—Es de la dirección. Debe ser el doctor Johnson.

—¿Qué quiere el doctor Johnson?

—Lo sabremos en seguida, pero seguramente me llama para decirme que la policía está en camino —la joven descolgó—. ¿Sí?

—Hola, señorita Heston. Quiero hablar con su paciente.

—¿Qué paciente?

—Vamos, señorita Heston, no se haga la tonta. Ésa es la

habitación 314 y en la habitación 314 sólo hay un paciente, mi buen amigo William Leigh.

—¿Quién es usted?

—Dígale al señor Leigh que quiero hablar con él.

—No puede. Está descansando. Le fue administrada una inyección. No despertará hasta pasadas unas horas.

—Está bien, señorita Heston, dejaremos descansar al bueno de Bill. Se lo merece. Inmediatamente colgó el desconocido que estaba al otro extremo del hilo.

Debra lo hizo después.

—¿Quién era? —preguntó Leigh que por un momento había interrumpido hasta el resuello.

—No lo dijo.

—¿Quién era? —repitió Leigh con más fuerza.

—Le aseguro que no lo dijo. Sólo quería hablar con usted, pero ya oyó mi respuesta. Otra vez Leigh se puso a respirar como si hubiese hecho una larga carrera.

—No podemos perder más tiempo, señorita Heston. Mi vida quizá dependa de un minuto...

—No puede salir del hospital. Ya le he dicho que la policía se va a encargar de su vigilancia. Si su vida está en peligro, se sentirá seguro dentro de un rato.

—No puedo esperar... ¡No puedo!

—Señor Leigh, la puerta está cerrada con llave. No abriré a nadie.

—Una llave no sirve para nada. Se puede abrir con una llave maestra o una ganzúa. Ellos tienen habilidad, señorita Heston. Le aseguro que esa puerta no será un obstáculo para ciertas personas.

Debra decidió ir un poco más lejos.

—¿A quién teme usted?... ¿Quiénes son ellos? ¿Por qué lo quieren matar?

—Cállese, no me haga preguntas.

—¿Por qué no trata de contestarlas? Es posible que de esa forma le pueda ayudar mucho mejor.

—No, usted no puede ayudarme en nada... Sólo en una cosa. Sacándome de aquí. Señorita, estoy dispuesto a darle mil dólares en efectivo... Apuesto a que es mucho más de lo que usted gana en tres meses.

—Es lo que yo gano exactamente en seis.

—Pues ya los tiene. Son suyos... Sólo tendrá que acompañarme a cierto lugar y yo le daré los mil dólares. Es la mejor oferta que ha recibido en su vida.

—Sí, señor Leigh. Nunca me han hecho una oferta tan interesante, pero mi respuesta sigue siendo negativa.

—¿Es que se ha vuelto loca? ¿Va a despreciar mil dólares?

—Lo hago por salvaguardar su vida. No me gustó ese hombre con la pistola y tampoco me gustó el primero que llegó, ni el que llamó por teléfono hace un rato... Estoy dispuesta a creer que su vida está en peligro... Quiero protegerle. Mi único deseo es que siga viviendo.

—No viviré mucho tiempo si continúo encerrado entre estas cuatro paredes. Nuevamente el teléfono se puso a sonar.

—Otra vez es uno de ellos —exclamó Leigh.

Debra estaba muy cerca del teléfono y descolgó en seguida.

—¿Sí?

—Soy el doctor Johnson. Quiero que venga a mi oficina.

—¿Llamó a la policía?

—Sí, Debra, y es necesario que usted se presente aquí inmediatamente.

—Pero, no puedo dejar al paciente solo.

—Puede hacerlo perfectamente. No pasará nada.

—Pero doctor Johnson...

—Debra, venga aquí en seguida.

—Está bien, cerraré la puerta con llave al marcharme.

—Sí, Debra. No se entretenga mucho. Debra dejó el auricular en la horquilla.

—¿Qué pasa, señorita? —preguntó Leigh.

—He de marcharme.

—¡Y yo con usted!

—No, usted se queda. He de hablar con el doctor Johnson.

Me ha ordenado que comparezca en su despacho inmediatamente. Pero no se preocupe. Cerraré desde fuera.

—No quiero que me deje solo.

—Sólo será unos minutos. Además, la policía debe estar en el corredor vigilando —la joven sonrió—. No se preocupe, ya pasó el peligro.

—Es lo que usted cree... Ellos no olvidan... Me siguen y no me pierden la pista... Uno u otro vendrá... Son muchos para matarme...

—Le repito que no debe preocuparse, señor Leigh.

—¿Quién se va a preocupar si no lo hago yo?...

—No se encuentra usted en una callejuela a la intemperie, señor Leigh. Éste es el Hospital Americano. Hay unos cuantos centenares de personas bajo este techo. Aquí no se puede matar a nadie.

—Si usted los conociese, hablarla de otra forma. No se detendrán ante nada y les importará un rábano que esto sea el Hospital Americano.

—Conserve la serenidad durante unos minutos. Volveré en seguida. Se lo prometo, señor Leigh.

La joven se dirigió resueltamente a la puerta y abrió.

—¡No se vaya, señorita Heston!... ¡No me deje solo!...

Debra le dirigió una sonrisa para calmarlo y salió de la habitación. Metió la llave en la cerradura y le dio la vuelta.

Minutos después, entraba en el despacho del doctor Johnson. Éste se hallaba solo.

—¿Y la policía?

—No vendrá.

—Oh, no, señor Johnson, tiene que llamarla.

—La llamé, pero dijeron que no vendrían.

—¿Por qué no? —repuso Debra, asombrada—. Ese hombre está en peligro.

—No, Debra, es sólo una ilusión del señor Leigh.

—¿Qué dice?

—Nuestro paciente de la habitación número 314 sufre manía persecutoria.

—Usted no puede creer eso, doctor.

—¿Por qué no?

—Le hablé de los dos hombres que entraron en su habitación.

—Usted no vio a esos dos hombres, señorita Heston.

—¿Cómo?

—El señor Leigh le contó que había recibido la visita de esos dos individuos. La convenció a usted para que lo dijese.

La joven estaba cada vez más asombrada.

—¡Yo hablé con los dos hombres, con el calvito que tiene tres

nombres y con Maximilian, que me estuvo apuntando un buen rato con su pistola!

—¿Está segura de que habló con ellos personalmente?

—Claro que sí. ¿O piensa que estoy loca?

—Oh, no, Debra, no puedo pensar semejante cosa de usted...

—Ese hombre está muy asustado y creo que tiene sobrados motivos para estarlo... Después que usted salió, hubo una llamada telefónica. Un hombre quería hablar con el señor Leigh. No me gustó su voz.

—¿Amenazó también al señor Leigh?

—No llegó a amenazarlo, pero es como si lo hubiese hecho.

—¿Sabe lo que estoy pensando, señorita Heston? Que el señor Leigh es víctima de una broma.

—Es absurdo. Nadie puede gastar una broma de esa clase. El señor Leigh fue atropellado por un automóvil, sufrió una fuerte conmoción. ¿A quién se le ocurriría gastar una broma en tales circunstancias?

—Hoy día la gente tiene un extraño sentido del humor.

—Doctor Johnson, estoy segura de que Leigh no ha inventado nada. Ciertos hombres lo persiguen por algún motivo y lo quieren cazar como si fuese una alimaña.

El doctor Johnson sonrió.

—He oído hablar de su predilección por las novelas policíacas, señorita Heston.

—Lo que ocurre al señor Leigh no tiene nada que ver con las novelas, doctor Johnson. Le ruego llame otra vez a la policía y diga que quiero hablar con ellos.

—¿Para qué?

—Quiero contarles lo que yo he presenciado con mis propios ojos.

—Oiga, Debra, yo he hablado con el inspector Jolivet. Ha sido él quien me ha comunicado los antecedentes del señor Leigh. Recuerde que no soy policía, sino un médico. Fue el inspector Jolivet quien descargó cualquier peligro para el señor Leigh.

La joven fue a decir algo, pero se dio cuenta de que nada conseguirla con seguir hablando.

—Está bien, como usted quiera, doctor Johnson. Fue a volverse para salir de la habitación.

—Un momento, señorita Heston.

—¿Sí, doctor Johnson?

—Daré orden para que se encargue del señor Leigh la enfermera Mason.

—¿Puedo preguntarle la razón, doctor Johnson?

—Usted es una mujer muy exótica, Debra. Toda esa historia de los hombres que quieren matar a Leigh le ha afectado mucho y en tales circunstancias no puede atender al paciente.

—Al parecer, sigue pensando que lo he inventado todo.

—No quiero seguir hablando de este asunto, señorita Heston. Aténgase a mis instrucciones.

—Sí, doctor.

La joven salió del despacho. Estaba de mal humor. Pero debía obedecer la orden recibida del doctor Johnson.

Sin embargo, antes quería hablar otra vez con Leigh, despedirse de él, tranquilizarlo, aunque no sabía de qué modo. ¿Qué diría cuando supiese que nadie protegería su vida en el hospital?

Eso le hizo recordar que Leigh tampoco quería la protección de la policía. Subió en el ascensor y se encaminó a la habitación 314.

Puso la llave en la cerradura y abrió la puerta. El lecho estaba vacío.

—¡Señor Leigh! —gritó.

Había un pequeño lavabo a la derecha. Abrió la puerta de un golpe. Pero allí tampoco estaba el señor Leigh.

De repente oyó un alarido.

Era un alarido que venía de arriba. Se había filtrado a través de la ventana abierta de aquella pequeña habitación.

El alarido siguió sonando. Primero, un poco lejano, después, fuerte.

Más allá de la ventana vio pasar un cuerpo, un hombre que caía hacia la calle. El alarido le seguía taladrando los ojos.

Y de súbito sonó un golpe sordo y el alarido cesó.

CAPÍTULO III

Debra retrocedió golpeando la espalda contra la pared.

William Leigh, el paciente de la habitación número 314, se había destrozado en la calle. Ya había muerto.

Pero ¿quién lo había matado?

¿El calvo de los tres nombres? ¿Maximilian? ¿O sería el desconocido que llamó por teléfono preguntando por Leigh?

Quienquiera que fuese, se encontraba todavía en el hospital.

De repente oyó un ruido junto a la ventana. Miró el hueco y quedó sorprendida al ver que una mano se aferraba al marco desde fuera.

El pánico la sobrecogió.

Debía moverse. Salir de allí muy aprisa. Pero sus piernas estaban paralizadas.

Escuchó la respiración jadeante de la persona que estaba al otro lado de la pared y que pretendía entrar por la ventana.

De pronto la vio. Se coló por el hueco y dejóse caer en el suelo.

Era un hombre joven de unos veintiocho años, cabello rubio y rostro de facciones enérgicas. El también la vio a ella cuando estaba todavía en cuclillas y se levantó poco a poco, frotándose las manos que tenía despellejadas.

—Hola.

—¿Quién es usted?

—Bueno, yo pasaba por ahí fuera y...

—Sí, y se le ocurrió llegarse a la habitación. No hace falta que dé explicaciones estúpidas.

—Se equivoca usted.

—Es el asesino.

—¿Qué asesino?

—No se haga el tonto. No le sirve conmigo. Usted ha matado al señor Leigh, al paciente de esta habitación. Lo arrojó por ahí fuera

como un guiñapo.

—Oh, no, se equivoca. Yo no he matado a nadie.

—Claro, fue él quién se cayó, ¿o me va a decir que una racha de viento lo arrojó desde lo alto?

—Señorita, no le puedo dar explicaciones.

—Ya lo suponía.

—Ésta es la habitación de William Leigh, ¿verdad?

—Sí.

—Con su permiso.

El rubio se puso a observar la habitación. Abrió un pequeño armario en el que se puso a registrar.

—Eh, ¿qué hace? —exclamó Debra.

—No, no lo escondió aquí.

—¿Qué es lo que tenía que esconder?

—Algo muy importante.

El joven terminó su registro en el armario y salió al dormitorio. Debra fue tras él.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó.

—Disculpe, señorita, pero no tengo tiempo para presentaciones.

Tiró del colchón levantándolo de la cama, pero tampoco allí encontró nada. Entonces se dedicó a la mesilla de noche. Debra se dirigió rápidamente hacia la puerta.

—Eh, ¿adónde va?

—Voy a salir de aquí para que lo detengan.

—No sea tonta, no haga eso.

—Quiero que reciba su castigo. Ha matado a un hombre. —Ya le dije antes que no fui yo.

—¿Quién fue, entonces?

—Cualquiera de los otros muchachos.

—Eh, ¿cómo puede hablar así? Se acaba de cometer un asesinato y usted emplea un tono y unas palabras absurdas. El desconocido se acercó a la joven.

—Usted ha sido su enfermera.

—Sí, he sido su enfermera.

—Quizá él le dijo algo.

—¿Con respecto a qué?

—A un secreto que vale un millón de dólares.

Debra se puso a parpadear mientras pensaba rápidamente. Al fin

sabía algo concreto en relación con Leigh.

—No, no me dijo nada —contestó.

—Está bien, señorita, ya me marchó.

—Oh, no, usted no se puede ir, ha de esperar a la policía. El rubio sonrió.

—Lo siento, señorita, pero la policía y yo nunca nos hemos llevado bien.

—Eso ya lo imaginé.

—Presente mis respetos al señor inspector, pero me están esperando en otra parte, ya sabe, una cita femenina, y yo nunca hago esperar a una mujer. Celebro haberla conocido.

El rubio abrió la puerta y salió de la habitación.

Debra corrió hacia el teléfono y descolgó.

—Peggy, por favor... ¿No hay un policía por ahí?

—No, Debra.

—Entonces echa mano a un par de enfermeros. Han de atrapar a un hombre que aparecerá por ahí dentro de unos minutos. Es rubio, alto, bien parecido, de aspecto atlético.

—Debra, ¿los cazas así?

—No gastes bromas, Peggy. Es un asesino.

—Estoy dispuesta a sacrificarme durante los próximos seis meses y devolverlo al camino del bien.

—Peggy, hemos de lograr que ese hombre sea detenido. Ha matado a uno de nuestros pacientes, lo arrojó a la calle.

—Ya comprendo, se oyó un grito. Dos enfermeros salieron corriendo hace un momento.

—El rubio es el hombre que nos interesa. Que no se escape. Voy en seguida.

—Está bien, Debra. Me ocuparé de eso ahora.

La joven echó a correr hacia el ascensor, pero estaba cinco plantas más arriba.

Un poco más allá había otro ascensor que justamente estaba descendiendo. Se metió en él a su llegada. Cuando pisó el vestíbulo se detuvo al no ver por ninguna parte al rubio.

Peggy estaba de pie, tras el mostrador de la recepción.

—Eh, Peggy, ¿no viste al rubio?

—No, y te aseguro que lo estuve buscando. Debra se mordió el labio inferior con fuerza.

—Has dejado escapar a un asesino.

—Pero si yo no lo he visto.

Debra descubrió al doctor Johnson que salía de su despacho y acudió a su encuentro.

—Doctor Johnson, ha ocurrido algo muy grave.

—¿Sí, señorita?

—El paciente William Leigh ha sido asesinado.

—¿Qué dice?

—Según parece, el señor Leigh quiso escapar por la ventana cuando yo salí de la habitación para hablar con usted, pero alguien lo sorprendió en la huida y lo arrojó al vacío. Conozco también al asesino... Es un hombre rubio...

—No vaya tan de prisa, señorita Heston.

—Usted es el responsable de esa muerte, doctor.

—Mida mejor sus palabras, Debra. No le consentiré una acusación de esa clase.

En aquel momento un enfermero se acercó al doctor Johnson. Tenía la cara sudada.

—Doctor Johnson, un hombre cayó de la cuarta planta.

—¿Cómo está?

—Muerto.

—¿Quién es?

—No lo sé, doctor Johnson. Ha quedado irreconocible. Estrelló la cabeza contra el suelo.

—Yo sé quién es —intervino la joven—. William Leigh, el paciente de la habitación 314.

—Creo que es usted un poco atrevida, señorita Heston —repuso Johnson—. Antes de decir que es el señor Leigh tendrá que identificar el cadáver.

—Estoy dispuesta.

El doctor Johnson se dirigió a Peggy.

—Haga el favor de llamar a la policía. Pregunte por el inspector León Jolivet.

—Sí, doctor Johnson.

—Vamos, señorita Heston.

El enfermero, el doctor Johnson y la joven salieron del hospital al jardín que lo circundaba.

Ya había anochecido, pero había extensas zonas del jardín

iluminadas por las farolas. Otro enfermero estaba al lado de un cuerpo caído en el suelo, junto a un macizo de rosales.

Debra tragó saliva sintiendo la garganta reseca.

—¿Y bien? —dijo el doctor Johnson—. ¿Reconoce a nuestro paciente el señor Leigh? Debra se acercó más al cuerpo inmóvil. Vio una cabeza calva y el corazón le dio un vuelco.

—No es el señor Leigh sino su primer visitante, el que tenía varios nombres.

—¿Quiere acompañarme, señorita Heston? La joven caminó junto a Johnson.

—Doctor Johnson —dijo ella—. ¿Dónde está Leigh?

—En su habitación, naturalmente.

—No, doctor. No está allí. Cuando yo llegué, la habitación estaba vacía.

—Eso quiere decir que escapó.

—La puerta estaba cerrada con llave cuando yo llegué, pero vi abierta la ventana del baño. Por eso, cuando oí el aullido y vi un cuerpo cruzar el espacio, creí que era el señor Leigh.

—Señorita Heston, espero que se dé cuenta de las circunstancias.

—Naturalmente.

—Me refiero a que esto nos va a colocar en una situación difícil ante la policía.

—Lo comprendo, pero nada puedo hacer en su favor.

—Claro que puede —dijo Johnson tomándola por el brazo.

—¿Qué quiere decir, doctor?

—No llamé a la policía cuando le dije...

—¿Cómo?

—Verá, señorita Heston, creí que sería demasiado precipitado por mi parte llamar a la policía por el simple hecho de que usted asegurase que un paciente iba a ser asesinado.

—Pero le di pruebas.

—No, perdone. No me las dio. Sólo me habló de ciertos visitantes misteriosos y yo, la verdad, no la creí.

—Entonces, inventó lo del inspector Jolivet.

—El inspector Jolivet existe, es amigo mío, pero no hablé con él.

—Debí suponerlo. He sido una torpe. Era imposible que el señor Leigh hubiese acudido a la policía. Cuando se la nombré pareció asustado. Además, sólo llevaba dos días en París... Sí, doctor

Johnson, debí suponer que usted no había hecho esa llamada a la policía.

—Espero que ahora se haga cargo, Debra.

—No tengo más remedio que decir la verdad.

—Debe ser un poco más realista. Al fin y al cabo, el muerto no es el señor Leigh, sino uno de sus perseguidores, ¿no es así?

—Pero el señor Leigh no está en su habitación. Ha desaparecido.

—Trataré de arreglar eso.

—¿De la misma forma que lo arregló cuando le sugerí que llamase a la policía para proteger la vida del señor Leigh?

—Ahórrese el sarcasmo, Debra. Si yo estuviese en su lugar, tendría en cuenta ciertas cosas...

—¿Por ejemplo?

—Puedo hacer mucho por usted.

—Ya entiendo, si no me someto a sus deseos, hará todo lo posible para que me despidan.

—Contemple también el reverso de la moneda. Dentro de unos meses habrá dos vacantes de enfermera-jefe. ¿Le gustaría ocupar una de ellas?

—Sí, doctor Johnson. Me gustaría mucho.

—Bravo, celebro que estemos de acuerdo, enfermera-jefe.

—No me ha dejado terminar. Me gustaría mucho, pero no quiero conseguirlo de esa forma, con su protección, doctor Johnson, y especialmente como premio a mi silencio. Inmediatamente la joven se apartó del doctor Johnson y poco después entraba sola en el hospital.

—Debra —dijo Peggy—. Llegas a tiempo. Hay una llamada para ti. Te paso la comunicación a la cabina número tres.

Debra se introdujo en la cabina y descolgó.

—¿Sí?

—Hola, señorita Heston, soy William Leigh.

—¿Usted?... ¿Dónde está?

—Continúo en el hospital.

—¿En qué parte de él?

—En la sala de calefacción, ya sabe, en el sótano. Logré escapar, pero no puedo salir de aquí. Pensé que ahora se decidiría a ayudarme.

—Sí, señor Leigh, estoy dispuesta.

—Gracias, señorita Heston. Me encuentro en pijama, ya sabe, pero no trate de convencerme de que puedo seguir aquí y la policía protegerá mi vida.

—Ya me he dado cuenta de que no serviría para nada, señor Leigh.

—Gracias, señorita Heston. Lo que yo quiero es que me saque de aquí. ¿Tiene auto, señorita Heston?

—Sí.

—Magnífico.

—Escuche mis instrucciones. Voy por el coche ahora mismo, antes de que llegue la policía. Quédese donde está, Yo iré por usted y lo sacaré por una puerta trasera.

—Señorita Heston, prométame que no me la va a jugar.

—Tiene mi palabra, señor Leigh.

Debra colgó y salió de la cabina. A partir de entonces se dio mucha prisa. Tenía que abandonar el hospital antes de que llegase la policía.

Fue a la playa de estacionamiento y sacó su coche llevándolo a la parte trasera del edificio. Entró por una puerta y un hombre de unos cincuenta años la saludó con una sonrisa.

—Señorita Heston, quería decirle que mi nieta ya ha empezado el curso de enfermera.

—Magnífico, señor Duval. Un día de estos pasaré por su casa para aconsejar a Monique sobre su futura profesión.

—Gracias, señorita Heston, ¿puedo hacer algo ahora por usted?

—No, gracias —repuso Debra, y siguió su camino.

Tras cruzar un corredor llegó a una puerta que abrió silenciosamente. Dentro estaba instalada la maquinaria de la calefacción.

Vio tuberías por todas partes que desaparecían por las paredes.

La sala había sido instalada convenientemente con un sistema de refrigeración, de modo que la temperatura era la misma que en cualquier sala del hospital.

—Señor Leigh, ¿dónde está? Nadie le respondió.

Sólo estaba iluminada la entrada, luego seguía una zona de penumbra y al fondo reinaba la oscuridad.

—Señor Leigh —dijo andando lentamente—. Soy yo, Debra. Pasó por entre dos grandes tuberías y se detuvo nuevamente.

—Señor Leigh —repitió.

De pronto una mano emergió por detrás y, antes de que pudiese gritar, le cubrió la boca. Luego otra mano la atrapó por la cintura.

Sintió un escalofrío por la espina dorsal. ¿Y si el señor Leigh estaba loco y la había llamado allí para matarla?

CAPÍTULO IV

Debra volvió los ojos y quedó asombrada al ver que era el rubio quien la tenía contra sí.

—Silencio, señorita Heston.

La joven le mordió la mano y él contuvo un chillido. Debra fue a echar a correr pero el rubio la apretó contra otra vez.

—¿Quiere que la golpeé?

—Ande, máteme, asesino.

—No se comporte como una chiquilla. ¿Dónde está el señor Leigh?

—No lo sé.

—Usted preguntó por él cuando llegó.

—Se equivoca. Leigh no está aquí.

—Oh, sí, usted se llegó aquí porque es donde acostumbra a venir cuando se encuentra preocupada. Se sienta entre estas tuberías y se pone a pensar en sus problemas.

—¿Tiene algún inconveniente?

—¿Por qué no me ayuda, señorita Heston?

—Quiere que sea cómplice de otro de sus asesinatos.

—Oiga, señorita Heston, necesito cazar al señor Leigh. ¿Lo entiende?

—Ahora ha utilizado el verbo más adecuado. Cazar. Es eso lo que quiere hacer con el señor Leigh. Lo compara con una liebre o un conejo, y luego lo matará.

—No está representando un folletín.

—Oh, comprendo, para mí esta situación es extraordinaria, pero para usted no lo es porque está acostumbrado. Ya sé su profesión.

—¿Sí?

—Asesino a sueldo.

—Deje ya de sacar conclusiones. No acierta una sola.

De pronto el rubio fue alcanzado por detrás. Una mano le había

golpeado con un hierro.

Debra vio cómo el joven se desplomaba sin emitir un solo gemido.

Al otro lado vio a William Leigh con su pijama a rayas, esgrimiendo la llave inglesa con que había atacado al rubio.

—Señor Leigh, creí que se había marchado.

—Estaba aquí cuando él llegó.

—¿Quién es este hombre?

—Uno de los que quieren cobrar mi piel... ¿No lo oyó? El mismo lo dijo —se acercó a la joven—. No podemos perder más tiempo, señorita Heston. Cada minuto que pasa es más difícil para mi lograr la libertad.

—Sígame, tengo el auto dispuesto.

Salieron por una puerta distinta a la que se encontraba Duval.

Poco después ocupaban el coche de Debra y la joven echó a correr el vehículo por la carretera.

Leigh dio un suspiro.

—¿Tiene un cigarrillo?

Debra le dio el paquete y el encendedor.

—¿Cómo logró salir de la habitación, señor Leigh?

—Por la puerta del baño.

—Pudo caerse.

—Había un buen trozo de voladizo y pude llegar a una habitación desocupada.

—¿Qué hizo después?

—Me quedé allí un rato esperando. Luego salí al corredor y gané esta parte del edificio.

—Entonces, ¿no se enteró de lo que ocurrió?

—¿A qué se refiere?

—El hombre calvo fue lanzado desde la cuarta planta.

—Jerry.

—Sí, Jerry.

—Murió, ¿eh?

—Completamente.

—Pobre muchacho... Pero tenía que acabar así. Le dije un par de veces que tuviese cuidado, pero ya lo ve. Los consejos difícilmente son escuchados por las personas que más los necesitaban.

Guardaron un silencio.

—Señor Leigh, ¿por qué lo buscan esos hombres?

—Es mejor que no lo sepa.

—¿Por qué?

—Sería peligroso para usted.

—Oiga, señor Leigh, acepté voluntariamente sacarlo del hospital. ¿Se da cuenta de que con eso estoy incumpliendo una de las reglas?

—Ya entiendo, supongo que la despedirán.

—Puede estar seguro, señor Leigh.

—No tiene que preocuparse por eso. La resarciré convenientemente.

—Oh, sí, me iba a dar mil dólares.

—Subiré un poco más.

—¿Cuánto va a subir?

—Le daré cinco mil.

—Es usted muy generoso. Leigh le sonrió.

—Estoy seguro de que dentro de unos días podrá encontrar un nuevo puesto en cualquier hospital, lo cual quiere decir que habrá ganado cinco mil dólares extra.

—Dispone de mucho dinero. Cinco mil dólares es una buena cantidad incluso para un americano.

—Quiero pagar bien sus servicios. No puedo olvidar que gracias a usted me encuentro fuera de ese condenado hospital.

Hicieron una nueva pausa.

—¿Por qué huye de la policía, señor Leigh?

El paciente de la habitación 314 dio un respingo.

—¿Quién le ha dicho que huyo de la policía?

—Usted mismo.

—¿Cuándo se lo dije?

—No le gustó la idea de que el doctor Johnson hubiese llamado a los agentes para proteger su vida.

—Bueno, los policías siempre resultan enojosos. No me interesa cierta clase de publicidad.

—¿Es ésa la razón?

—Seguro.

—Entonces, ¿qué es lo que tiene usted que vale un millón de dólares?

Leigh quizá estaba ya preparado para una nueva sorpresa y apenas se inmutó. Sus ojos se entornaron observando el perfil de la joven.

—¿Quién le ha dicho que yo tengo un secreto por valor de un millón de dólares?

—El rubio.

—De modo que habló con él.

—Sí, en la habitación 314, cuando fui en busca de usted y no lo encontré. Fue el rubio quien apareció en la ventana.

Leigh empezó a frotarse el pecho.

—Me duelen las costillas. ¿Está segura de que no tengo ninguna fracturada?

—No cambie de conversación, señor Leigh.

—Oiga, señorita Heston, es mejor para usted que elija otro tema. Ya le dije antes que podría resultar peligroso para usted.

—Suponga que elijo el peligro y que por lo tanto prefiero que me informe.

—No sabe lo que dice. Usted es una bonita mujer, en la flor de la vida. Piense en ese fulano, en el calvo que vio usted despanzurrado en el suelo...

—Ya he pensado en él y me pregunté unas cuantas veces quién lo arrojó.

—No pensará que fui yo.

—Oh, no, usted estaba en ese momento en el sótano de la calefacción.

—Quizá quiso entrar en mi habitación por la ventana y le falló el pie.

—Sí, es posible. Había muchos hombres que pretendían entrar en su habitación, señor Leigh.

Leigh aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—Empiezo a sentir frío. ¿Tiene un traje para mí en su casa?

—No.

—Lo tendrá que sacar de alguna parte. No puedo ir por ahí en pijama.

—Me temo que tendrá que estar un poco de tiempo en pijama, señor Leigh.

—¿Por qué?

—Nos siguen.

Leigh dio un salto en el asiento.

—¿Quién nos sigue?

—Un auto negro. Me di cuenta hace unos minutos. He cambiado de dirección tres veces y el auto negro se ha mantenido a nuestra zaga. Ahora ya no tengo duda de que viene tras de nosotros desde el hospital.

—Hemos de quitárnoslo de encima. Apriete el acelerador.

—Eso estoy haciendo.

Efectivamente, el coche había aumentado mucho la velocidad.

—¿En qué parte estamos? —inquirió Leigh.

—Cerca del Bosque de Bolonia.

—Tome la dirección de Clichy.

—¿Por qué?

—Kay una buena pista y podrá correr.

—No quiere estrellarme, señor Leigh.

—Si prefiere que caigamos en manos de ellos, debo advertirle que no la respetarán. Está enredada en el asunto. Le puedo asegurar que dispararán contra usted sin compasión.

Debra sintió un escalofrío en la nuca.

Los faros del coche iluminaron una serie de postes de señales. Había una flecha que indicaba la dirección de Clichy.

Debra la vio demasiado tarde y tuvo que girar el volante muy aprisa.

El coche describió una rápida curva. Los neumáticos chirriaron diabólicamente. Pero el auto logró enderezarse y continuó su carrera.

Por un momento cobraron ventaja a sus perseguidores, pero el auto negro era potente y poco a poco se fue acercando.

—No podemos quitárnoslo de encima —dijo Debra—. Sólo se me ocurre una cosa.

—¿Sí?

—Detenernos ante el primer policía.

—No hará tal cosa.

—¿Cuál es su idea?

—Dejarlos con un palmo de narices. Hunda el pie en el acelerador.

—Ya corremos a ciento veinte kilómetros. ¿Quiere que nos convirtamos en piltrafas?

—Si no logramos sacudirnos de encima a esos tipos, ellos serán quienes se encarguen de convertirnos en despojos.

El auto negro corría a muy corta distancia de ellos. De pronto empezó a adelantarlos.

—Eh, señor Leigh —gritó Debra—. Quizá disparen contra nosotros.

—Seguro que lo harán.

—Será mejor que frene.

—¡No lo haga!

Estaban entrando en una curva y Debra quiso frenar.

El coche negro se había quedado atrás para evitar una colisión.

Otra vez los neumáticos se pusieron a sacar chispas de la carretera. Debra comprendió que no podría hacerse dueña del coche.

El vehículo saltó de la pista haciendo crujir la carrocería. Chocó contra el tronco de un árbol y dio una vuelta de campana.

Debra lanzó un chillido. Instintivamente había alargado la mano hacia la portezuela la cual abrió.

Se produjo un fuerte impacto y Debra fue escupida por el hueco. Rodó por una ladera abajo mientras en sus oídos se producía una fuerte explosión.

Logró detenerse magullada y vio cómo el coche daba vueltas ardiendo entre llamas y se estrellaba contra un lecho de rocas.

Arriba, desde la carretera, le llegaron unos chirridos. El auto en que viajaban sus perseguidores se estaba deteniendo.

Recordó lo que le había dicho Leigh. Si la encontraban viva, aquellos hombres no vacilarían en matarla.

Se puso en pie a pesar de que le dolía fuertemente una cadera y descendió hacia donde estaban los restos del automóvil.

De pronto, encontró en su camino algo que se movía.

Era el cuerpo de Leigh. Lo vio lleno de sangre, maltrecho.

—Señor Leigh, ¿cómo está? —dijo, agachándose contra él. Leigh abrió los ojos.

—Esto se acabó, señorita Heston.

—Oh, no, iré en busca de ayuda.

—Demasiado tarde. Estoy reventado... Huya de aquí. No se preocupe por mí... Ya estoy muerto.

—Esos hombres no pueden rematarlo.

—Lo harán sin vacilar después que me hayan sacado el secreto... Ya sabe, el secreto que vale un millón de dólares.

Leigh hablaba en un murmullo, con voz agonizante. Desde la carretera les llegaron voces.

—Eh, muchacho, no te quedes ahí. Baja de una vez.

—Leigh debe estar muerto.

—Quiero que lo compruebes con tus propios ojos.

—Es peligroso que nos encontremos aquí.

—No seas estúpido. Si viene la policía diremos que éstos tipos corrían demasiado. Todo fue un accidente. Baja de una vez. Yo también bajaré porque quiero echar un vistazo a ese bastardo de Leigh.

Leigh rezongó:

—Señorita Heston, ha de marcharse. La joven estaba indecisa.

—Pero no puedo dejarlo a merced de esa gente...

—Ya le he dicho que para mí no existe salvación. Me libré hoy una vez y ésta era la séptima que salvaba mi vida. Recuérdelo. Yo era un gato. Ya no habría otra oportunidad para mí y es justamente lo que ha ocurrido, señorita Heston...

De pronto Leigh crispó la cara y arrojó una bocanada, de sangre. Sus ojos miraron aterrorizados a la joven.

—Señorita Heston... Folies Bergère. Estatua de Afrodita... Axila izquierda.

Leigh dobló la cabeza y quedó en silencio.

—Señor Leigh —dijo Debra.

Le puso la mano en el corazón y comprobó que ya había dejado de latir. Oyó una maldición arriba.

—¿Qué te pasa, muchacho? —dijo uno de los hombres.

—Trocé y me caí. No sé por qué quieres ver a Leigh. Se habrá convertido en un cochinillo humeante.

—Ya te lo dije antes. Quiero verlo con mis propios ojos.

—No nos podrá decir dónde encontrar lo que buscamos si está muerto. La joven no esperó más. Echó a correr en la oscuridad.

Mientras, no cesaba de hacerse preguntas. ¿Qué había querido decir Leigh con sus últimas palabras? ¿Deliraba o le transmitía un mensaje? Pero tenía que cerciorarse. Iría a su apartamento para cambiarse y luego se dirigiría al Folies Bergère.

Cuando estuvo lejos del lugar del accidente, subió otra vez a la

carretera. Su vestido estaba sucio, pero no roto. Se arregló el cabello lo mejor que pudo.

Hizo la señal de auto-*stop*. Tres coches pasaron sin detenerse, pero al fin lo hizo uno conducido por un hombre.

—¿Va a París?

—Sí, señor.

—Está bien. Suba.

El hombre frisaba en los cincuenta años y poseía cabello y bigote blancos.

—¿Qué le pasó? —preguntó el hombre después de unos minutos de carrera.

—Mi amigo quiso propasarse, pero yo no se lo consentí. Lo tumbé de una bofetada, aunque luego tuve que echar mano al judo porque quiso besarme.

El hombre la miró a hurtadillas, dio un suspiro y dejó de prestarle atención.

CAPÍTULO V

Debra estaba bajo la ducha cuando oyó que la puerta del apartamento se abría. Se cubrió con una toalla y salió fuera.

Dos hombres estaban en el umbral del *living*. A uno de ellos ya lo conocía. Era Maximilian.

El otro era un muchacho muy alto, de cabello y ojos negros, con un hoyo en el mentón.

—Hola, nena —dijo Maximilian.

—¿Cómo han entrado aquí?

—Con una ganzúa —dijo el hombre alto y moreno.

—Ah, nena, se me olvidó presentártelo —habló Maximilian—. Éste es mi amigo Vincent. No hay otro como él para abrir puertas y cajas de caudales.

—Calla la boca, Max —dijo Vincent.

—Esto es violación de domicilio —dijo Debra.

—Eso parece —asintió Max.

—Si no se marchan ahora mismo de aquí, me obligarán a llamar a la policía.

—¿Sería tan valiente?

—Bueno, acaben de una vez. ¿Qué es lo que quieren?

—Eso es ponerse en razón. —Max soltó una risita—. Sólo queremos lo que Leigh te dio.

—El señor Leigh no me dio nada.

—Tú huiste con él del hospital. Gracias a ti pudo escapar. ¿Te das cuenta de tu responsabilidad?

—Sí, me di cuenta de que al señor Leigh lo iban a matar unos asesinos y por eso decidí ayudarle. No estoy arrepentida de ello.

—Nadie ha matado al señor Leigh. Sufrió un accidente. Tú lo debes saber bien, puesto que ibas con él.

Max echó a andar hacia la joven.

—Anda, chica, repite lo que Leigh te dijo.

—No me dijo nada.

—Eso no me gusta.

—Leigh murió en el acto. Yo salí lanzada por una puerta y eché a correr para librarme de ustedes.

—¿Cómo sabes que Leigh murió en el acto?

—Lo di por supuesto, porque él se quedó dentro del coche y lo vi arder abajo.

—El también salió escupido del coche. Debió quedar muy cerca de ti. Pensamos que no había muerto en seguida porque oímos su voz.

—Yo no la oí.

—Tú estabas más cerca que nosotros, de modo que lo debiste oír perfectamente. Seguro que te dijo algo.

—No, se equivoca.

—Querías conocer su secreto.

—No sé a qué secreto se refiere.

El moreno que respondía al nombre de Vincent hizo chascar la lengua.

—Tu sistema no sirve, Max.

—¿Qué tiene de malo?

—Eres demasiado complaciente con las mujeres. Siempre lo has sido. Ése es tu defecto.

—La chica sabe lo que le conviene y nos contará la historia.

—Y yo te digo que no lo hará. Max rió con la cabeza ladeada.

—Anda, Debra, demuéstrole a mi amigo Vincent que soy yo quien tiene razón. La joven apretó la toalla contra su cuerpo.

—No puedo decirle nada porque no sé nada.

—Deja que sea yo quien dirija el concierto, Max.

—No, Vincent.

—La chica es de las que a mí me gustan. Es terca, pero yo la pondré más suave que un guante.

—¿Lo oyes, nena? Vincent te quiere someter a tratamiento... Te advierto que es un sádico. Mirado de lejos, parece un buen chico, pero engaña mucho. No te fíes de él. Si yo estuviese en tu lugar, me pondría a hablar.

La joven guardó silencio.

Entonces Vincent se puso también en marcha. Sacó la mano del bolsillo de la gabardina y exhibió un trozo de tubería de plomo.

—Hace ya un mes que no desfiguro una cara bonita —dijo. La joven retrocedió.

—Si me hace daño, gritaré.

—¿Quién te va a oír? Estas paredes son a prueba de ruidos.

—Se equivoca. Son muy delgadas. Acerque la cabeza al muro y verá como oye lo que dicen a la otra parte. Si me pongo a gritar, me oirán hasta en el último piso.

—Muy bien, entonces te acallaré pronto.

Max se sentó en un sillón para presenciar el espectáculo.

—No seas terca, Debra —dijo—. Vincent nunca amenaza gratuitamente. Si está decidido a golpear, lo hace como un condenado verdugo. Ten cuidado con él, muchacha. Te dejará sin dentadura si te descuidas y es una pena porque la tuya es de las que gustan a un hombre.

Debra terminó de retroceder al encontrar en su camino el diván.

Vincent levantó el brazo para descargar la tubería de plomo.

En ese instante se abrió la puerta del apartamento y una voz dijo:

—¿Puedo hacer algo por usted, señorita Heston?

Era el rubio, que cerró la puerta a su espalda, y se quedó allí quieto. Max y Vincent lo miraron con aire de cansancio.

—Eh, Vincent, mira quién es.

—El entrometido.

El rubio hizo una reverencia.

—Discúlpeme si llego un poco tarde. Alguien me golpeó en la cabeza y tuve que recuperarme antes de emprender la persecución. Por eso me sacaron alguna ventaja. Vincent dejó colgar el brazo con el que sujetaba la tubería de plomo.

—Eh, Robson, ¿qué viene a hacer aquí?

—Soy amigo de la señorita Heston. ¿No lo sabía?

—De modo que se conocen...

—La señorita Heston y yo acordamos una cita para esta noche. La voy a llevar a cenar.

¿No es así, Debra?

—Sí, Robson —dijo la joven.

Max sacudió la cabeza en sentido negativo.

—No, Robson. No podemos creer tal cosa... Usted y nosotros vamos detrás de lo mismo. Ya le dimos un consejo, que se retirase

de la carrera. Y también le dijimos que, si no obedecía, se podía encontrar con algo que no le iba a gustar.

—Sí, eso me dijeron en Nueva York.

—Debió quedarse allí. ¿Por qué cruzar el Atlántico y hacer un viaje tan largo?

—Me gustan las parisienses.

—Ella no es una parisiense —dijo Max señalando a la joven.

—Hoy me conformaré con una compatriota, pero quizá antes de que termine el día cambie de opinión.

—Antes de que termine el día puede encontrarse muerto.

—Es usted lúgubre, Max.

—Pero seguirá viviendo si no se complica en esto... Ande, de media vuelta y salga del apartamento. Vincent y yo imaginaremos que nunca estuvo aquí.

—Se ponen muy razonables.

—No pierda su oportunidad, muchacho. Buena suerte y dele recuerdos a la estatua de la Libertad.

—Lo siento, Max, pero mi negocio está ahora aquí, en París, y por nada del mundo lo echaría a perder.

Vincent echó a andar hacia Robson. Seguía esgrimiendo con la diestra el trozo de tubería.

Saltó de repente sobre Robson moviendo el brazo armado de abajo arriba.

Robson paró el golpe con el antebrazo y luego, con una facilidad pasmosa, colocó limpiamente su izquierda en el mentón hendido de Vincent.

El muchacho moreno sobrevoló un sillón y se desplomó sobre la alfombra.

Max metió la mano bajo la axila para sacar indudablemente un revólver, pero no pudo exhibirlo porque ya Robson tenía en su mano una pistola.

—Quieto, Max, o te emplomo.

Max observó al joven con ojos acuosos.

—¿Cuál es la continuación del espectáculo?

—Lo sabréis en seguida, mientras la chica se viste. Ande, Debra, póngase guapa para venir conmigo.

La joven hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se marchó a su habitación.

Vincent se levantó y escupió un cuajo de sangre. Miró con ojos llenos de odio a Robson.

—Esto lo va a pagar, Robson.

—No está bien hacer el gallito cuando uno ha sido vencido.

—No me venció. Sólo hizo que pillarme de sorpresa.

—Tú trataste de pegar primero.

—No pensé que fuese tan rápido. Lo tendré en cuenta para la próxima vez.

—No habrá próxima vez, Vincent, si es que quieres seguir respirando oxígeno.

Max entrelazó los dedos de las manos y los estrujó. Sus huesos crujieron tres veces.

—Robson, hablemos en serio.

—Hablemos.

—Podemos ir juntos en esto.

—No, Max.

—¿Qué inconveniente hay?

—Soy un lobo solitario.

—Alguna vez los lobos solitarios necesitan compañía.

—Sí, la de una loba. Max rió.

—Eres listo, Robson, pero quizá no lo seas tanto como tú crees. Supón que la chica no sabe nada.

—Claro que no lo sabe.

—Entonces, ¿qué haces?

—¿Es que no me creíste, Max? Siempre me ha gustado París. Vine como vosotros en viaje de negocios, pero si el negocio sale mal, procuraré pasarlo lo mejor posible. Es lo que debéis hacer vosotros. No todo ha de ser el vil metal.

Vincent atrapó su tubería de plomo y la guardó en el bolsillo.

—Anda, Max, vámonos. Robson tiene razón. Este asunto concluyó para todos. Leigh murió y se llevó el secreto a la tumba.

—

R. I. P.

—dijo Max y se levantó.

Hizo un saludo con la mano y se dirigió hacia la puerta.

—Muchachos —dijo Robson, y esperó a que se volviesen—. No quiero que esto entibie nuestras relaciones. Cuando nos volvamos a encontrar, sonriamos.

—Claro que sí —asintió Vincent—. Yo sonreiré antes de meterte una bala en la tripa.

Luego abrió la puerta y salió.

—Perdónalo, Robson —dijo Max—. El muchacho se pone de mal genio cuando lo tumban de un puñetazo. Nunca fue buen deportista. Hasta la vista. Te deseo una buena noche.

—Gracias, Max. Eres muy amable. Max salió también del apartamento.

Robson sonrió mientras guardaba la pistola. Se dirigió hacia la habitación donde había desaparecido Debra y la abrió.

—Eh —gritó la joven desde el interior—. No entre. Aún no estoy visible.

—Yo diría que es ahora cuando se la puede ver mejor.

—No sea atrevido y beba un *whisky*.

—¿Dónde está la botella?

—En el frigorífico. Lo encontrará en la cocina.

Robson fue a la cocina y se preparó una ración de *whisky* con cubitos de hielo. Sentóse en un sillón del *living* y bebió, comprobando que era un buen *whisky*. Oyó un chasquido y volvió la cabeza.

La puerta había sido entreabierta por la joven.

—¿Cuál es su nombre completo?

—Matt Robson.

—Me gustará llamarlo por el primero, Matt.

—Como quiera.

—Ande, cuénteme cosas mientras trato de meterme en este vestido.

—Nací en Kentucky y mi abuelo dijo que yo era un pura sangre.

—No me diga que ganó la carrera para potros primerizos.

—Casi, quedé segundo.

La joven estaba forcejeando y soltó una maldición.

—Entraré para ayudarla.

—¡No! —gritó ella.

—Cerraré los ojos, no se preocupe —repuso Matt encaminándose hacia la puerta, pero se detuvo al oír un suspiro.

—Ya lo logré.

—Fue salvada por el *gong*.

—Continúe, Matt.

—Necesita un par de días para contarle mi niñez.

—Pásela por alto. Me cansan las historias de los niños precoces.

—A los dieciocho años trabajaba en un hipódromo como mozo de cuadra.

—Vean hasta donde puede llegar un niño demasiado listo.

—A los veinte lo sabía todo sobre las carreras. Y entonces, me echaron.

—¿Por qué?

—Por eso, porque lo sabía todo, por ejemplo, cómo amañaban las carreras para que ganase el caballo que ellos querían.

—No me diga que dio el soplo a la policía.

—No, Debra. Coloqué mis ahorros en el caballo ganador y los arrumé. Me estuvieron buscando durante un mes.

Si me atrapan me matan.

—Usted debe tener veintiocho o veintinueve años ahora. ¿Qué ha hecho desde que ganó su primera carrera?

—Seguí ganando las otras.

—No parece muy modesto.

—La modestia sirve para muy poco en este mundo. Si uno no vocea sus méritos, es muy difícil que los otros los descubran. Por eso debo decirle cuanto antes que soy inteligente, guapo y la mar de simpático.

—Por si le sirve de algo, usted no es mi tipo.

—No se preocupe, estamos a la par. Usted tampoco es el mío.

—Entonces, ¿por qué vino detrás de mí?

—Por la misma razón que ellos. Todos queremos lo mismo, lo que el señor Leigh tenía.

—¿Y qué es lo que tenía el señor Leigh?

—Usted lo sabe.

—Oh, no, no lo sé.

La joven apareció en el *living*.

Robson se quedó sin habla al verla con un vestido negro muy escotado y que se sujetaba por dos sucintos tirantes.

Ella dio una vuelta sobre sí mostrando casi toda la espalda desnuda.

—No provoque, Debra.

—Celebro que le produzca esa impresión, pero ya que me explicó cómo es usted, le diré cómo soy yo.

—¿Cómo es usted?

—Soy la muchacha más ingenua del mundo. No sé nada de la vida, y cuando me hacen el amor me pongo insoportable. Ande, salgamos de aquí antes de que llegue más gente fisgona.

Abandonaron el apartamento, Robson con la mano en el bolsillo donde había guardado la pistola.

Al llegar a la calle Matt miró a uno y otro lado. La joven se había echado encima un abrigo. Finalmente, Matt emitió un gruñido.

—No los veo por ninguna parte, pero deben estar cerca. Abrió la portezuela de un auto francés.

Poco después se ponían en marcha.

—¿Adónde me lleva, Matt?

—A un sótano donde le aplicaré el tercer grado para hacerla cantar.

—No logrará sacarme nada.

—Gracias. Eso quiere decir que sabe algo.

—Entérese de una vez, Matt, ayudé al señor Leigh porque tuve la impresión de que lo iban a matar. Naturalmente, pensé que todos los que iban detrás de él lo hacían por algo, pero no me dio tiempo a preguntarle. El señor Leigh era un hombre demasiado reservado. Murió sin pronunciar una sola palabra.

Robson exhaló el aire de los pulmones.

—Bueno, he perdido.

—Si prefiere a una parisiense como compañía, acérquese al bordillo y bajaré del coche.

—Tengo apetito y estoy seguro de que usted también lo tiene.

—Me comería una res con rabo y todo.

Matt condujo el auto por un laberinto de callejuelas.

Poco después se introducían en un sótano. Era un restaurante húngaro. Un hombre de grueso bigote les salió al encuentro.

—Señor Robson, bien venido a su casa.

—Lazlo, te presento a la señorita Debra Heston.

—¿Cómo está, señorita...? Tenga cuidado. Matt Robson es un hombre peligroso después de la quinta copa.

A Debra le gustó la jovialidad de Lazlo.

Ocuparon una mesa iluminada con velas. Una orquesta compuesta por tres violines y un piano interpretaba una zarda.

Matt guiñó un ojo a Lazlo.

—El menú de siempre. Quiero darle una sorpresa a la señorita. Cuando quedaron a solas, encendieron cigarrillos.

—¿Casada? —preguntó Matt.

—Oh, no —ella entrecerró los ojos—. ¿Y usted?

—Siempre he sabido frenar a tiempo.

El primer plato consistía en trozos de carne a la brasa con muchas especias.

—Dios mío —exclamó Debra—. Esto es como si comiese lava de un volcán.

—Hay medios para apagar el fuego —dijo Robson, y tomó su copa de vino. Ella lo imitó y apuró de una sola vez su contenido.

Debra bebió hasta tres vasos antes de haber terminado el último trozo de aquella carne picante.

Sintió que las cosas empezaban a dar vueltas a su alrededor.

—Señor Robson, he descubierto sus intenciones —dijo con la lengua no muy suelta.

—Soy un buen chico, no tiene que preocuparse por mí. La respetaré como si fuese una viuda.

—No haga chistes ahora.

—Muy bien. No los haré.

—Me ha traído aquí para ponerme ebria. Sólo quiere sonsacarme. Y eso quiere decir que no ha creído lo que le dije de Leigh, que él no me había comunicado ningún secreto.

Matt le pasó una mano por los hombros y le acarició el cuello.

—Debra, usted es una chica estupenda, seductora, hermosa, atractiva...

—Siga.

—Tiene unos ojos maravillosamente azules, una naricilla insolente que me gustaría besar mucho, unos labios que deben ser maravillosamente dulces...

—Picantes, se lo aseguro.

—Debe conservarse así, tan simpática y tan hermosa...

—Oh, no, pienso serlo más.

—Para ello debe apartarse de este asunto.

—¿Qué asunto?

—Del de Leigh, naturalmente.

—¿Y qué se le ocurre para que me aparte?

—Que me lo diga todo.

Los ojos de la joven chispearon mientras su boca sonreía.

—El zorro se quitó al fin la piel de oveja.

—Sea comprensiva, Debra.

—Yo soy muy comprensiva...

—Entonces, dígame el mensaje que le dio Leigh antes de morir.

—¿Cómo sabe que me dio un mensaje? Robson sonrió.

—Luego se lo dio.

Debra se mordió el labio inferior.

—Es usted un miserable.

Matt se inclinó sobre ella y la besó suavemente en la comisura de la boca. Luego apartó su cara sólo unas pulgadas y dijo:

—Debra, sólo me interesa cuidarte, impedir que nadie te haga daño.

—Cuéntaselo a tu abuelo, el de Kentucky.

—¿No me crees?

—¡No!

—Empiezo a sentir algo por tí, te lo juro. Es como si de pronto hubiese encontrado en mi camino la mujer de mi vida. He escuchado mi voz interior.

—¿Sí? ¿Y qué te dice?

—¿Quieres saberlo de verdad?

—Claro que sí.

—Mi voz interior me dice: «Ten cuidado, Matt. Ella puede conseguir lo que no consiguió nadie hasta ahora. Echarte el lazo».

—Oh, qué cosas tan halagadoras sabes decir... Matt le pellizcó la barbilla.

—¿Qué te dijo Leigh?

—Nada.

—Por favor, Debra, deja que cuide de ti.

—Tienes mi autorización.

—Sólo podré cuidarte si me cuentas todo lo que te dijo Leigh. Ella se echó a reír.

—Matt, podríamos estar así toda la noche. Pero te lo diré.

—Estupendo.

—A condición de que me lleves al Folies Bergére. Robson frunció el ceño.

—¿Para qué quieres ir al Folies Bergére?

—Me gustan los espectáculos burlescos y han pasado muchos meses desde la última vez que asistí a uno.

—¿Qué pasará luego?

—Me acompañarás a mi apartamento y, cuando lleguemos allí, te lo contaré todo.

—¿Por qué no ahora?

—Quiero divertirme, Matt. Robson dio un suspiro.

—Está bien, iremos al Folies Bergère.

Media hora más tarde se encontraban en el Folies Bergère.

El espectáculo ya había comenzado. En el escenario se levantaba una decoración de Notre Dame de París. Esmeralda la zíngara, con mucha piel al aire, bailaba furiosamente mientras Quasimodo movía acompasadamente su extraña cabeza.

—Disculpame, Matt, quiero ir al tocador.

La joven había observado atentamente aquel patio de butacas. Vio estatuas, pero ninguna de ellas era Afrodita. Sin embargo, creyó descubrirla arriba en el primer piso, justo en una esquina.

Subió por una escalera con mucha luz y poco después se encontraba en el primer piso. Ahora ya no tuvo duda. Tenía efectivamente a Afrodita ante sus ojos.

Bueno, sólo tenía que acercarse cinco yardas.

Pero lo malo era que Afrodita quedaba demasiado alta. Quizá saltando le podría alcanzar la axila izquierda.

Tropezó con un hombre y se disculpó. Por fin estuvo cerca de Afrodita.

El hombre con el que había tropezado la siguió.

—¿Está sola?

—Sí, señor.

—¿Puedo hacer algo por usted?

—Desde luego, agáchese y me subiré a su espalda.

—¿Cómo? —rezongó el otro, parpadeando.

—Ya se lo he dicho. Me preguntó si podía hacer algo por mi y le dije que sí. ¿Es que no ha oído? Póngase de espaldas.

La propia Debra ayudó al hombre a que se inclinase.

Luego dio un salto y apoyó la rodilla en la espalda del desconocido. De esa forma pudo alcanzar el brazo de Afrodita. Subió la mano rápidamente. Tanteó, pero no encontró nada.

El hombre se tambaleó, pero Debra alargó otra vez la mano y

buscó por detrás de la axila. Tocó un objeto metálico que retiró. Era una pequeña llave. La atrapó muy a tiempo porque el hombre ya no pudo sostenerla y cayó de rodillas.

Debra saltó ágilmente y otro hombre la sujetó por detrás.

—Hola, nena.

Miró la cara del segundo tipo y sintió que la sangre se le helaba en las venas. Era Vincent, el muchacho que utilizaba una tubería de plomo para estropear las caras bonitas.

CAPÍTULO VI

—Suélteme —dijo Debra.

—¿Es así como agradeces mi oportunidad? Te ibas a caer.

—Sé ir sola por el mundo.

—Bueno, chica, hemos nacido el uno para el otro... Ya lo ves, tuvimos la misma ocurrencia, venir al Folies Bergére.

—Todos los americanos que se llegan a París quieren venir aquí cuanto antes.

—Pero da la casualidad de que tú llevas mucho tiempo en París. Si te llegaste aquí fue por alguna razón particular.

Debra se dijo que Vincent no le había visto tomar la llave que estaba escondida en la estatua de Afrodita. La conservaba en la mano derecha. A Vincent le bastaría una pequeña presión para que ella tuviese que soltar la llave, ya que él la estaba sujetando por la muñeca.

El hombre del que Debra se había servido para llegar hasta la estatua rezongó:

—Eh, muchacho, yo la vi antes.

Vincent lo miró con ojos de reptil cansado.

—No moleste.

—Es usted quien no debe molestar.

—¿Quiere que le trompee?

Debra aprovechó su oportunidad.

—Eh, oiga —dijo al hombre que la había ayudado—. ¿Quiere apartarme de este tipo? No hace más que molestarme.

—En seguida, señorita.

Vincent apretó los maxilares.

—Si no se hace humo, lo mando al escenario de un puñetazo. La respuesta del otro fue lanzarle el puño derecho.

Vincent recibió el golpe en la cara y tuvo que soltar a Debra, la cual echó a correr.

A sus espaldas se produjo un gran tumulto y eso quería decir que Vincent quería vengarse del puñetazo recibido y había iniciado una pelea.

Cuando estaba ya en la escalera, se detuvo un instante para mirar la llave que William Leigh le había confiado antes de morir. Correspondía a un apartado de correos, el 1464. No, no volvería con Matt Robson. Ya tenía lo que quería, por lo que había ido al Folies Bergère.

Se dirigió hacia la puerta rápidamente. Al salir a la calle oyó una voz.

—Tardaste demasiado.

Se detuvo de golpe al ver muy cerca fumando un cigarrillo a Matt Robson.

—¿Qué haces ahí? —preguntó ella.

—Pensé que el espectáculo te aburriría y que querías volver a su apartamento. Se instalaron en el auto y Robson condujo por calles muy iluminadas.

—Debra, quiero esa llave.

—¿Qué llave?

—La que tienes en el bolso.

—Estás loco. Yo no tengo ninguna llave... Bueno, quiero decir, sólo la de mi apartamento. Si es eso lo que buscas estás muy equivocado. Soy una mujer decente.

—No me refiero a la llave de tu apartamento, sino a la que conseguiste en el teatro.

—Estás loco. No conseguí nada.

—Te vi desde abajo. Hiciste un buen número subiéndote en la espalda de aquel tipo. —Robson metió la mano en el bolsillo y sacó unos prismáticos—. Gracias a esto pude ver perfectamente lo que hacías. Sacaste una llave de la axila izquierda de la estatua de Afrodita. Supe desde el primer momento que cuando querías ir al Folies Bergère no era por ver el espectáculo. Tenía alguna relación con lo de Leigh.

—Oh, Matt, eres maravilloso... Te quedaste corto cuando hiciste tu retrato. Además de inteligente, guapo y simpático eres encantador.

Se echó sobre él y lo besó en la boca apretándose mucho.

—Eh, cuidado —dijo Matt cuando ella se separó—. ¿Quieres que

nos matemos?

Se interrumpió de pronto al ver que la joven manejaba una pistola, la que le había quitado a él durante el beso.

—Eh, dame esa arma.

La joven le sonrió mientras se retiraba hacia el otro extremo del asiento.

—A partir de ahora serás un chico obediente.

—Eres una Cleopatra de vía estrecha. Sólo me besaste para quitarme la pistola.

—¿Qué otra intención podía existir en ese beso?

—Pensé por un momento en que no habías podido resistir el impulso que te empuja hacia mí.

—No digas tonterías, Matt. Ya te lo advertí. No eres mi tipo.

—Muy bien. ¿Qué hacemos ahora?

—Detendrás el automóvil y tú seguirás el camino a pie.

—Eh, ¿me vas a robar el coche?

—Digamos que te lo voy a pedir prestado.

—No te lo dejaré.

—Claro que lo harás. ¿O prefieres que dispare la pistola?... Vamos, rápido, lleva el coche al bordillo de la acera. Y cuidado con hacer una falsa maniobra. No vacilaré en disparar.

—Sería mejor que te lo explicase todo, Debra.

—No tengo ganas de escucharte.

—Oye, nena, ya te metiste demasiado hondo en este asunto y es necesario que lo dejes cuanto antes.

—No te preocupes por mí.

Había llevado el coche al bordillo de la acera y ahora lo detuvo.

Se volvió con las manos libres hacia la joven pero ella levantó el revólver.

—Un movimiento más y disparo.

—Debra, escúchame.

—No. Salta de una vez.

—En este asunto represento a la ley.

—Es el chiste más gracioso que me podías colocar.

—Soy Matt Robson, investigador privado que trabaja por cuenta de una compañía de seguros de nuestro país.

—Fuera.

—Debra, déjame que te explique...

—Eres un condenado embustero y no te voy a creer una sola palabra.

—Te aseguro que ahora te estoy diciendo la verdad.

—Baja de una vez o disparo. Matt abrió la portezuela.

De pronto se volvió, pero la joven se echó atrás y Robson no pudo alcanzarla.

—Será tu último fallo, Matt. A la próxima, dispararé. Sal de aquí. Robson sacudió la cabeza.

—Está bien, me iré; pero estás cometiendo un grave error. Bajó del coche e inmediatamente Debra se puso al volante. Robson se quedó en la acera con los brazos cruzados mirándola.

Cien yardas más allá, Debra se preguntó si Matt no le habría dicho esta vez la verdad.

Oh, no, ¿qué estaba pensando? Ella había oído a Matt y aquellos hombres en el *living* de su apartamento. Matt lo había confesado. Era un lobo solitario. Todos pertenecían a la misma clase de gente, sólo que Matt era un tipo más simpático que los otros. Casi tenía la seguridad de que Matt era el hombre que había empujado a Jerry desde el cuarto piso del hospital.

Otra vez se vio en el cuarto de baño, escuchando aquel alarido que llegaba de arriba y que poco a poco se iba perdiendo en el vacío hasta producir el golpe sordo con que Jerry había acabado su descenso.

Poco después de eso, ella había visto aparecer a Matt por la ventana abierta y también había visto de qué forma Matt se había desembarazado de Vincent y de Maximilian. Sí, no podía equivocarse. Matt era el hombre de quien más rápidamente debía apartarse. Pero ya lo había conseguido.

Debra se detuvo en el corredor, ante el apartado número 1464.

Un poco más allá había un hombre que sacaba algo de una de las cajas, un sobre muy abultado.

Debra encendió un cigarrillo e hizo como que buscaba en su bolso. Quería encontrarse sola, sin testigos, cuando abriese la caja.

Aquel hombre se marchó y entonces Debra regresó junto al armario número 1464. Sacó la llave y la introdujo en la cerradura.

Sentía latir las sienes porque lo que hallase allí dentro había sido la causa de la muerte de Leigh y de que varios hombres la

persiguiesen.

Abrió la puerta. Dentro había una caja de cartón, como las que usan para guardar los zapatos, atada con hilo bramante.

La tomó en sus manos. Pesaba mucho. No, unos zapatos no pesaban tanto. Fue a quitar el hilo bramante para abrir la caja pero de pronto oyó una voz a su espalda.

—¿Puedo ayudarla?

Volvió la cabeza sobresaltada.

Quién se dirigía a ella era una joven muy bonita, de unos veintitrés o veinticuatro años. Tenía el cabello rojizo y los ojos verdosos muy claros. Se cubría con un traje sastre y portaba un bolso rojo.

—No, gracias —dijo Debra.

—Eso parece que pesa mucho. Se le puede caer y estropeará lo que hay dentro.

—No se preocupe. Sé valirme por mí misma.

La pelirroja abrió tranquilamente el bolso, metió la mano y sacó una pistola.

—Ande, deme eso.

Debra sintió un vacío en el estómago. Había pasado mucho para llegar a aquel momento de su aventura y ahora, cuando iba a descubrir el secreto de Leigh, se presentaba aquella pelirroja para estropearle la aclaración del misterio.

—Oiga, esto no le pertenece.

—¿No?

—Es mío.

—Se equivoca —sonrió la pelirroja.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque esa caja la dejó ahí un amigo mío.

—¿Quién?

—Usted lo sabe tan perfectamente como yo. William Leigh.

—Debo decirle algo, señorita —repuso Debra—. William Leigh me comisionó para que me hiciese cargo de esta caja.

—William Leigh está muerto.

—Me nombró su heredera.

—Eso me extraña mucho, señorita Heston.

—¿Sabe mi nombre?

—Desde luego. Debra Heston, enfermera del hospital Americano.

Atendía la habitación 314 donde fue ingresado William Leigh.

—Celebro que esté tan bien informada. Antes de morir Leigh me dijo que me llegase aquí por esta caja.

—Es posible que le dijese, pero también debió agregar algo.

—¿El qué?

—Que se lo diese a Joan.

—¿Usted es Joan?

—Acerté, ¿verdad? El le habló de mí.

—No. Sólo la nombró mientras deliraba. Pero no le daré la caja.

—No sea chiquilla, señorita Heston. Tengo una pistola en la mano y no vacilaré en disparar; y, por otra parte, usted recibirá un buen premio por su trabajo.

—El señor Leigh no me dijo que le entregase a usted la caja.

—Quizá porque no tuvo oportunidad. Seguro que le dio el encargo cuando estaba moribundo, pero yo tengo más derecho que nadie al contenido de esa caja.

—¿Qué hay aquí, Joan?

—Un recuerdo de familia.

—Eso no contesta a mi pregunta.

—No quiera saber más.

—Todos me dicen lo mismo. No debo conocer lo que se relaciona con la muerte del señor Leigh.

—Yo quería mucho al pobre William. Voy a sentir más que nadie su muerte.

—A mí no me engaña.

—¿Qué quiere decir?

—Sólo quería a Leigh por el interés. Estoy segura de que lo único que usted pretendía era atrapar lo que contiene la caja.

La pelirroja esbozó una sonrisa.

—Eso no tiene nada de malo. A todos nos gusta la vida cara.

De pronto se oyeron pasos por detrás de la pelirroja. Ésta escondió rápidamente la pistola en el interior del bolso, pero no la soltó.

—Oiga, señorita Heston, no dejaré de apuntarla y una bala atravesará fácilmente la piel de mi bolso. No trate de jugármela o le juro que la sacarán de aquí en una camilla.

Dos hombres aparecieron hablando entre sí. Miraron un instante a la pelirroja, luego a Debra y continuaron su camino por entre los

armarios metálicos.

Debra no perdió el tiempo. Arrojó la caja sobre la pelirroja. Lo hizo con mucha puntería ya que la caja golpeó contra el bolso de Joan y éste cayó al suelo.

Debra saltó sobre Joan.

Los dos hombres habían interrumpido su camino y uno de ellos exclamó:

—Eh, Ives, dos mujeres peleando...

—Son cosas de París.

Joan estrelló las espaldas contra el armario metálico y se derrumbó en el suelo.

Debra no se detuvo un segundo más. Corrió con su caja hacia la salida de la dependencia.

Había aparcado muy cerca el auto de Robson y mientras corría no pudo por menos que asombrarse recordando a las heroínas de los films. Ella estaba jugando un papel muy parecido, iba de un lado a otro conociendo a gente extraña, y se había visto obligada a hacer frente a tipos con aspecto de forajidos, a robar un coche a un muchachote robusto y simpático, a luchar contra una mujer.

Y presumía que aquello no era el final.

Dio la vuelta a la llave de contacto y echó a correr el auto.

Vio por el espejo retrovisor a Joan. Salía corriendo del edificio.

Pero ella, Debra, había cobrado una ventaja y no estaba dispuesta a perderla. Apretó el pedal del acelerador y en pocos instantes perdió de vista a la pelirroja.

Al cabo de un rato, miró la caja que había colocado en el asiento de al lado. Sí, pesaba mucho y su contenido era lo que había provocado la muerte de William Leigh y quizá antes habían muerto otras personas. Ahora unos cuantos seres humanos iban detrás de lo que contuviese la caja y ella todavía no sabía qué era.

Había llegado el momento de saberlo.

Detuvo el coche en una avenida flanqueada por acacias.

Estaba muy nerviosa y encendió un cigarrillo. Luego tomó la caja y la puso sobre su regazo. Quitó el hilo, el papel que la envolvía y finalmente abrió la tapa de la caja de cartón.

Sorprendida vio el objeto que había dentro.

Era un reloj con forma de huevo. En lo alto aparecía un maravilloso pavo real en el que refulgía la pedrería, esmeraldas,

rubíes, zafiros, brillantes. El huevo propiamente dicho era de oro, y descansaba sobre una base de forma cuadrangular. Los cuatro planos de esta base estaban prolijamente trabajados y en cada uno de ellos brillaban también las piedras.

CAPÍTULO VII

El cartel de la puerta anunciaba: «Jacques Freville. Anticuario».

El negocio estaba cerrado, pero había un timbre que Debra apretó.

El interior estaba a oscuras y Debra trató de atisbar algo a través de las cortinillas que defendían los cristales.

Una luz se encendió a lo lejos y poco después la puerta fue abierta.

—Buenas noches, señor Freville.

Debra conocía al anticuario. Tres meses antes, Freville había sido operado en el hospital Americano de una apendicitis. Freville no tenía derecho a ser asistido en el hospital, pero medió en favor de él un alto cargo de la OTAN.

Era un hombrecillo rechoncho, de cráneo mondo y barbilla en punta.

—Oh, disculpe, señorita Heston, no la había conocido en el primer momento. ¿Quiere pasar?

Debra entró y Freville cerró la puerta y echó la llave.

—¿Puedo hacer algo por usted, señorita Heston?

—Creo que mucho.

—Ya entiendo, viene en visita de negocios...

—Sí, señor Freville.

—Entonces será mejor que vayamos a mi despacho.

La tienda estaba llena de cachivaches y hasta en el mismo corredor que conducía al despacho de Freville había jarrones de diversos orígenes, griegos, etruscos y orientales.

La oficina de Freville era una pequeña habitación cuyas paredes estaban llenas de lienzos.

Freville señaló un sillón de cuero y él se sentó en el giratorio, tras una mesa cubierta de legajos y gruesos libros, donde Freville debía llevar sus anotaciones.

La joven puso delante de Freville la paja de cartón.

—¿Quiere ver lo que hay dentro, señor Freville?

Freville abrió la caja con parsimonia, pero al ver el objeto que guardaba dio un respingo.

—*Mon Dieu!* —dijo.

—¿Le gusta, señor Freville?

Freville sacó el reloj con extremo cuidado.

—Una maravilla —dijo con un trémolo en la voz—. Un Fabergé.

—Disculpe, señor Freville, pero no conozco a ese caballero.

—¿No conoce a Fabergé? —dijo Freville, mirándola como si la joven acabase de decir una blasfemia.

—No, señor. Recuerde que soy enfermera... Pero si me presenta usted a Fabergé, le prometo pedirle disculpas.

—No puedo presentarle a un muerto. La joven forzó una sonrisa.

—Pobre... Ya murió, ¿eh?

—El gran Carl Fabergé murió el 24 de setiembre de 1920, a la edad de setenta años, en Suiza. Fue un creador genial que supo exaltar como nadie el lado mágico de los objetos... Sus Huevos de Pascua jamás podrán ser superados... ¿Qué digo? Ni siquiera imitados.

—Era un hombre muy festivo, ¿eh?... Huevos de Pascua... En mi pueblo también tenemos la costumbre de los huevos duros... ¿Y sabe cómo los partimos? En la frente de nuestra pareja.

Los ojos de Freville destellaron con más intensidad.

—*Mon Dieu*, usted es una ignorante. Los Huevos de Pascua de Fabergé no tienen nada que ver con los huevos que usted rompe en la cabezota de su compañero. Estamos hablando de obras de arte. ¿No lo ve? —Freville alzó el reloj rematado por el pavo real—. Éste es un Huevo de Pascua de Fabergé...

—Sí, reconozco que un huevo de esa clase es mucho más caro que los que yo compraba en Clifton City, Massachusetts.

—Por favor, señorita Heston, lo que yo tengo en mis manos es
au paoon

L'oeuf

que el zar Nicolás II encargó a Fabergé en el 1897. El zar quería hacerle un regalo a su esposa, un regalo único, y he aquí el resultado. Nadie ha podido hacer una cosa tan maravillosa. Fabergé estaba en la cumbre de su arte. Observe estos mosaicos de la base,

ornamentados con piedras, bandas de perlas y brillantes que imitan la tapicería. Además, Fabergé utilizó algo que siempre se había resistido a utilizar en sus objetos de arte. El platino. Fabergé tenía un tabú como todos los artistas geniales. Jamás utilizó la plata, y muy rara vez utilizó el platino.

Ésta fue una de sus excepciones. Observe el huevo, señorita. Es algo verdaderamente maravilloso. Mire atentamente y descubrirá los cuatro colores del oro... ¿Y qué me dice de la cola del pavo real?... Las piedras fueron traídas de lugares increíblemente alejados unos de otros. Zafiros, rubíes, esmeraldas; llegaron de los Urales, del Cáucaso, de Siberia... El zar Nicolás II puso a disposición de Fabergé un ejército de proveedores. ¿Y, qué decir de la cabeza del pavo real? El secreto de su colorido se perdió con Fabergé. Muchos han intentado hacer lo mismo que él, conseguir ese colorido... Hace unos años, un compatriota mío, casi logró imitar a Fabergé. Me dijo confidencialmente que había mantenido una solución de miel en ebullición durante varios días y que después había tratado el objeto con ácido sulfúrico. Pero la cabeza de un perro, que era lo que él estaba pintando, cambió de color al cabo de unas semanas... No, nadie ha podido dar con la fórmula.

—Señor Freville, ¿qué valor tiene?

—¿Cómo?

—¿Cuánto dinero tiene en sus manos en este momento? Freville rió.

—Es la pregunta de todos los profanos. En este huevo de Pascua se mezcla el oro y las piedras preciosas. A ustedes sólo les interesa el valor material... Se lo diré, señorita Heston. Este reloj, si no fuese un Fabergé, es decir, por el valor intrínseco de los materiales empleados en su construcción, podría valer unos trescientos mil dólares. —Hizo una pausa solemne—. Pero al ser un Fabergé puedo asegurarle que llega al millón.

La joven tragó saliva.

—Un millón... de dólares.

—Sí, señorita. Un millón de dólares. Ni un centavo menos. Es lo que yo podría conseguir en un abrir y cerrar de ojos vendiendo mañana el Huevo de Pascua de Fabergé que usted me ha traído. Pero existe un impedimento.

—¿Cuál?

—Su origen. ¿Cómo ha llegado a sus manos, señorita Heston? La joven coloreó las mejillas.

—Señor Freville, no he venido aquí para vender el huevo.

—¿No...?

—Sólo necesitaba información y me dije que usted podría facilitármela. Freville entornó los ojillos.

—¿De dónde ha sacado este Fabergé?

—No puedo decírselo, señor Freville. El anticuario emitió un gruñido.

—¿Sabe que puede estar metida en un lío?

Debra hubiese reído de buena gana, ya que el anticuario no sabía realmente en el lío que ella estaba metida.

—Señor Freville, me hago cargo de las circunstancias, pero imagino que este Huevo de Pascua tendría un dueño.

—Seguro.

—¿Sabe usted quién es?

—Sí.

—Muy bien. Dígalo. ¿Quién era el dueño?

—Alexander Kramer.

—¿Quién es Alexander Kramer?

—Un compatriota de usted, un rey del petróleo. Lo compró justamente en el año 1954 a uno de los más grandes coleccionistas de Europa, al suizo Maurice Sandoz. Pero este Huevo de Pascua fue robado a Alejandro Kramer en el año 1958 y desde entonces no ha vuelto a saberse nada de él. Hasta ahora en que, en vísperas de la Nochebuena, cinco años más tarde, usted, una enfermera del Hospital Americano, se presenta en mi casa con él.

—¿Quién lo robó al señor Kramer?

—Nunca se ha sabido. Su casa de campo en Long Island fue asaltada una noche. La policía intervino, pero no logró sacar nada en claro. Naturalmente, el señor Kramer tenía asegurado el objeto, su Huevo de Pascua Fabergé.

Aquella frase provocó un escalofrío en la espalda de Debra.

Freville se acababa de referir a que el Huevo de Pascua había sido asegurado por Kramer y el joven rubio que respondía al nombre de Matt Robson había dicho ser un investigador privado que trabajaba por cuenta de una firma aseguradora.

—Imagino que la casa de seguros pagaría al señor Kramer el

valor del objeto.

—Pagó un millón de dólares.

—Y la casa de seguros tomaría sus medidas para recuperar el Huevo de Pascua.

—Sí, señorita Heston, las casas de seguros tienen un servicio de investigación propio, hombres especializados y con una gran experiencia, ríe conocido a algunos de ellos desde que me dedico a esta profesión, que es como decir toda la vida.

La joven se puso en pie.

—¿Quiere darme el reloj, señor Freville?

—¿Puedo preguntarle qué va a hacer con él?

—Lo voy a devolver.

—¿Al señor Kramer, quizá?

—No. A un representante de la casa de seguros.

—De modo que ya estableció contacto con ellos.

—Sí, señor Freville. Antes de que tuviese el huevo.

—Le voy a dar un consejo, señorita Heston. Procure tener en su poder el menor tiempo posible este objeto.

—¿Piensa acaso que es maldito?

—No creo en supersticiones, señorita Heston. Sólo lo decía porque tener en manos de uno un millón de dólares siempre resulta peligroso y, si por añadidura se trata de una joya como ésta, resulta mucho peor.

Debra pensó en las personas que andaban tras de ella y se dijo que, efectivamente, tener en su poder el Huevo de Fabergé la convertiría en un blanco viviente.

De pronto recordó que ella no conocía la dirección de Matt Robson.

Bueno, no sería muy difícil dar con su paradero. Se alojaría en algún hotel importante de París.

El señor Freville ya había devuelto la histórica joya a la caja.

—Gracias por todo, señor Freville —dijo.

—Fue un placer, señorita Heston. Usted me ha proporcionado con esta visita unos minutos inolvidables.

Freville acompañó a la joven hasta la puerta. Debra se despidió definitivamente del anticuario y, poco después, viajaba en el auto de Robson.

Descendió cerca de un bar, un poco más lejos.

Fue directamente a la cabina telefónica y se encerró allí manejando la guía.

Las ocho primeras llamadas a los hoteles resultaron infructuosas. No, el señor Robson no se alojaba allí. No conocían a ningún señor Robson. ¿El señor Robson...? Oh, sí, había un huésped cuyo nombre era Bertrand Robson de sesenta y cinco años... No, no había otro Robson.

Pero la novena llamada dio resultado. Le contestó una voz atiplada. Sí, el señor Matt Robson se alojaba en el Hotel Republique, habitación 114. Justamente, el señor Robson acababa de llegar. ¿Quién lo llamaba? Pero Debra colgó antes de decirlo, porque ya sabía todo lo que deseaba saber.

El Hotel Republique se ubicaba cerca de la plaza de la Estrella.

El vestíbulo estaba muy concurrido, por lo que Debra pudo ganar sin dificultad el ascensor. Subió hasta la quinta planta y caminó por un corredor cubierto por una gruesa alfombra.

Apretó el timbre de la habitación 114.

Sólo tuvo que esperar un minuto. Robson le abrió en mangas de camisa con un vaso de *whisky* en la mano.

No dio ninguna muestra de sorpresa.

—Adelante. Debra.

Debra entró con su caja entre las manos.

Se encontró en un pequeño vestíbulo con una puerta al fondo que debía conducir al dormitorio.

—¿Un *whisky*? —dijo Robson.

—Sí, creo que me vendrá bien.

Sobre una mesa ratona había una mesa con una botella y otro vaso. Robson le sirvió dos dedos de *whisky*.

—Disculpa, pero no tengo hielo.

—Da lo mismo —dijo Debra y bebió un trago sin soltar la caja.

—Al parecer tienes ahí un tesoro. Ella lo miró.

—¿Sabes lo que hay aquí dentro?

—Sí.

—¿El qué?

—El Huevo de Pascua que el zar Nicolás II regaló a su esposa la zarina hace poco más de medio siglo.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo sé muchas cosas.

—Te pregunté por qué.

—Ya te lo dije. Soy un investigador privado.

—¿Quién es tu patrón?

—La Cromwell Asurance.

—¿Qué tiene que ver la Cromwell Asurance con el Huevo de Fabergé?

—La Cromwell pagó a su propietario cuando el Huevo fue robado. La joven dio un suspiro.

—Está bien, Matt. Ya no tienes que seguir investigando. Aquí está lo que buscabas.

Alargó la caja y Matt la tomó entre sus manos. Luego, él se sentó en el diván y abrió la caja sobre sus rodillas y sacó el objeto. Lo miró con una sonrisa, encanutó los labios y lanzó un silbido.

—Hermoso, ¿verdad? —dijo.

—Sí, Matt. Lo es.

—¿Sabes que llevo un par de años detrás de él?

—Pero el huevo fue robado en el año 58.

—Entonces ya trabajaba para la Cromwell Asurance, pero no me ocupé de este caso. Fue mi compañero Walter Lemmon. ¿Sabes lo que hicieron con él...? Lo trincharon.

—¿Qué quiere decir lo trincharon?

—Le clavaron un puñal entre los dos omóplatos. Creo que estaba muy cerca de dar con este relojito, pero Lemmon debió cometer algún fallo y eso le costó caro. Es lo que pasa en esta clase de negocios. Nunca le dan tiempo a uno para rectificar.

—¿Qué va a pasar ahora con ese reloj?

—Pertenece a la compañía de seguros, aunque el señor Kramer tiene una opción. Puede devolvernos el millón de dólares que le pagamos y él recuperará su objeto perdido.

—¿Qué hará?

—Nos devolverá el millón. El señor Kramer es un tipo podrido de dinero y para él tiene mayor valor el Huevo de Pascua de la zarina que un montón de billetes.

Robson dejó la joya sobre la mesa, se puso en pie y tomó a la enfermera por los brazos.

—Nena, has hecho un gran trabajo. La besó suavemente en los labios.

—Lo siento, Debra, no puedo acompañarte a tu apartamento,

pero será mejor que te marches cuanto antes. Te has ganado un buen descanso.

—Sí, me marcharé con el huevo.

—¿Eh?

—No me has hablado de la recompensa, Matt.

—Oh, sí, perdona —dijo Robson, rascándose detrás de la oreja.

—La costumbre es dar un diez por ciento del valor, ¿verdad, Matt? Y un diez por ciento de un millón son cien mil dólares.

Robson sonrió.

—Estás bien de números.

—Imagino que ese dinero me pertenece.

—Desde luego. Nadie te va a discutir un solo centavo. Tendrás los cien mil dólares. De eso me voy a encargar yo.

—No es que desconfíe de ti, Matt, pero tendré en mi poder el relojito de Fabergé y sólo lo entregaré a cambio de un cheque por cien mil dólares.

—Eh, nena, no está bien que hagas eso conmigo. Renunciaré a mi parte a la recompensa en tu beneficio, pero debes dejar que las cosas sigan su curso. Hablaré cuanto antes con Nueva York para explicar tu intervención decisiva en el asunto. Estoy seguro de que en un plazo de dos días tendrás el dinero.

—En un plazo de dos días vosotros tendréis también el reloj.

—No puedes cometer esa tontería.

—¿Qué tontería?

—La de llevarte el reloj.

—¿Por qué no? Soy yo quien lo encontré.

—Me refiero a los que están detrás, a Max y compañía.

—Eso me hace recordar que tuve que luchar con la pelirroja Joan. Me estaba esperando en la sucursal de Correos donde William Leigh había guardado la caja.

—Joan Garson, 24 años, uno sesenta y siete de talla, cabello rojizo, ojos verdes, condenada a tres años de prisión por robo, sospechosa de cuatro estafas, mezclada en un asesinato del que salió sin condena porque llegó a un acuerdo con el fiscal... ¿Te das cuenta, Debra? Es la clase de gente con la que te tienes que enfrentar y tú eres sólo una enfermera.

—Pero vencí a Joan y los otros no pudieron atraparme.

—Esto es un combate a muchos *rounds*. Uno puede ganar en

uno o en varios, pero de pronto recibe un puñetazo en la mandíbula y se tambalea. —Robson echó la cabeza atrás como si realmente hubiese recibido un golpe en la quijada y se tambaleó—. Te quedas inconsciente... Una nube gris se interpone en tus ojos. —Puso los ojos en blanco—. Y de pronto llega el martillazo definitivo. Has sido cazado.

Se dejó caer en el sillón y cerró los ojos.

Ante el silencio que siguió a su representación, abrió los párpados.

—Si, nena, puedes creer que has ganado el combate y de pronto encontrarte derrotada.

Es lo que pasará contigo. Ya puedes estar segura de que tanto Joan como los demás no se habrán dado por vencidos. Es un millón de dólares lo que se juegan.

Debra dio un suspiro.

—Está bien. Voy a confiar en ti.

—Bravo, muchacha, me quitas un peso de encima —dijo él, levantándose.

—Pero ¿vas a guardar en tu apartamento el reloj, Matt?

—Ni pensarlo. Lo dejaré en la caja fuerte del hotel.

Matt tomó a la joven del brazo y la llevó hacia la puerta.

—Eh, Matt, estaba pensando una cosa.

—¿Sí?

—Joan me buscará a pesar de todo, porque ella sabe que yo me llevé la joya...

—Ya pensé en eso. No debes volver a tu apartamento. Sería conveniente que te alojases con alguna compañera.

—No habrá ningún problema. Iré al apartamento de mi amiga Margot.

—Estupendo.

Debra le dio la dirección y el número de teléfono de su amiga Margot.

—En cuanto sepas algo, me avisas allí, Matt.

—Descuida, Debra. Te haré una llamada mañana mismo y hasta es posible que te visite en el hospital.

Se despidieron sonriéndose mutuamente.

De pronto la puerta del dormitorio se abrió y una voz femenina dijo:

—Creí que no conseguirías convencerla, Matt. Robson se volvió mirando a Joan la pelirroja.

—Querida, tienes muy poca fe en mí.

—Estuve a punto de salir para tomarme el desquite con esa estúpida.

—Lo habrías echado todo a perder.

—Me estaba poniendo nerviosa con sus dificultades. Por fortuna, eres un hombre muy convincente.

Matt se acercó a la pelirroja y le rodeó la cintura atrayéndola hacia sí.

—¿Dudaste eso alguna vez?

—No, querido. No lo dudé. Desde que me asocié contigo supe que la joya de Fabergé vendría a parar a nuestras manos.

Lo besó en la boca y luego volvió la cabeza mirando la caja que contenía el tesoro.

—Cariño —dijo—, ¿cuándo hacemos las maletas...?

CAPÍTULO VIII

Debra Heston empezó a cruzar el vestíbulo para salir del hotel cuando de pronto vio dirigirse hacia ella a un hombre que ya conocía. Era Maximilian.

Debra dio media vuelta rápidamente en busca de otra puerta. Pero entonces tropezó con otro conocido suyo. Vincent.

—¿Dónde vas con tanta prisa?

—Eh, usted, déjeme en paz.

Vincent la había atrapado por el brazo.

—Ten cuidado, nena.

—Si no me suelta, grito.

—Si gritas te mato.

La joven sintió una presión en su costado izquierdo. Ya no tuvo duda de que Vincent le estaba apoyando allí una pistola.

Mientras tanto, Max se pudo acercar. Sus labios esbozaron una sonrisa.

—Caramba, Debra, estás en todas partes.

—Y ustedes también... desgraciadamente.

—¿Qué viniste a hacer aquí? —dijo Max.

—Me llegué a saludar a un antiguo amigo.

—¿De veras? ¿Cómo se llama tu amigo?

—No quiero que lo mezclen en mis asuntos.

—Camina hacia el diván que hay a la izquierda.

—Lo siento, amigos, pero tengo que irme a casa. Ya es muy tarde y he de estar en el hospital mañana temprano.

—No te preocupes. Terminaremos muy pronto.

—Me temo que tendremos que dejar esta entrevista para otra oportunidad.

—¿Quién lo ha dicho? —dijo Vincent, presionándola nuevamente con el arma.

—Está bien —dijo la joven—. Tendré mucho gusto en hablar con

ustedes ahora mismo.

—Qué chica más comprensiva... Así da gusto. Fueron al diván no había nadie en aquel momento.

Vincent no soltó a la joven. La continuó reteniendo junto a sí para evitar que echase a correr.

—Anda, siéntate —dijo Vincent, y la empujó suavemente sobre el diván.

Debra no tuvo más remedio que sentarse y Vincent y Max lo hicieron a su lado, flanqueándola.

—Bien, Debra —habló Max—, quiero que esta conversación sea entre amigos. ¿Estás de acuerdo?

—Absolutamente.

—Para que no te equivoques te diré lo que ya sabemos; Que tú lo tienes.

—¿Qué es lo que tengo?

—El reloj.

—Oh, sí, tengo un reloj —sonrió la joven, y enseñó el de su muñeca—. Si no saben la hora, se la puedo decir gratuitamente.

—Deja de decir tonterías. Sabes perfectamente que no nos referimos a tu reloj de pulsera, sino al otro, al que vale un millón de dólares.

—¿Qué me dice, Max? ¿Puede haber un reloj con tanto valor?

—Sí, el reloj de Fabergé. El Huevo de Pascua. Y será mejor que abandones esa actitud. Tú lo sacaste de su escondite.

—Pero me lo quitaron.

—¿Quién?

—Una pelirroja.

—Te refieres a Joan —intervino Vincent—. La pelirroja de William Leigh. Max hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, yo no puedo creer que Joan le haya quitado el reloj. Prefiero pensar en otra cosa, por ejemplo en que ella se llegó aquí con el reloj para entregárselo a Robson... ¿verdad, Debra? El te contó una historia...

—No sé de qué me habla. Max sonrió con tristeza.

—El rubio te la pegó también. Estoy seguro. Ese muchacho, Matt Robson, tiene algo especial con las mujeres. A todas las engaña y, naturalmente, tú no escapaste a la regla. Anda, confíésalo, viniste a traerle el reloj.

—No le traje nada.

—Tienes los labios despintados y estoy seguro de que conozco la razón. Robson te besó... —rió a golpes—. El bueno de Robson te hizo una escena de amor. No pudiste resistir la tentación y caíste en sus brazos.

—No me interesa seguir escuchándole —dijo Debra, y fue a levantarse. Pero Vincent se lo impidió porque la volvió a atrapar otra vez.

—Tranquila, muchacha.

Max rió otra vez.

—No debes sentir vergüenza, dulzura. Hemos tenido oportunidad de conocer bien a Matt Robson y, al parecer, se trata de un chico irresistible con las mujeres... Siempre se ha valido de ellas para ir por la vida. Según mis noticias, en un par de ocasiones ellas lo libraron de caer en manos de la policía.

Debra parpadeó.

—Usted miente, Max.

—¿Por qué crees que miento?

—Matt Robson no es el hombre que usted describe. Nunca ha sido perseguido por la policía.

—¿Oyes eso, Vincent?

—Sí, es muy bueno, pero después de todo no me extraña tratándose de Matt Robson. El chico sigue estando en forma. Siempre recordaré lo que me contó un tipo que conocí en la cárcel. Matt Robson pegó un golpe en Los Ángeles llevándose un ídolo chino. Se las arregló con un par de mujeres para que la policía lo dejase en paz y sospechase de todo el mundo, menos de él.

Debra sentía que la sangre corría más aprisa por sus venas.

—Matt Robson no es un delincuente. Debra —repuso Max—. Matt Robson es un tipo que la policía de cuatro o cinco países gustaría tener en prisión.

—No le creo.

—¿Sabes lo que es un ladrón internacional?

—Tengo una idea.

—Eso es lo que es tu buen amigo Matt Robson, un tipo que se ha hecho famoso en ciertos ambientes por su facilidad para robar objetos de arte.

—Comprendo su estratagema. Quieren desacreditar ante mis

ojos a Matt Robson, pero no conseguirán nada. Anden, díganme ahora que ustedes son de la policía.

—No, dulzura. Vincent y yo somos del mismo barro que Robson. También nos interesamos por las obras de arte y lo mismo que Matt Robson estamos incluidos en los archivos de la policía. No tenemos por qué esconderte eso.

Debra estaba pensando muy aprisa. Por su mente pasaron las escenas en que figuraba Matt Robson. Lo había visto aparecer por primera vez a través del hueco de una ventana y, justamente, segundos después que un hombre cayese al vacío. ¿Era propio de un investigador privado aquella forma de trabajar? Debía admitir que no.

¿Por qué Matt había tratado de convencerla para que dejase el reloj en su poder? Sintió que se producía un vacío en su estómago.

—¿Creen ustedes que Matt Robson me ha engañado? Los dos a una movieron la cabeza.

—Te diremos algo más, Debra —cabeceó Max—. Tenemos razones para creer que Matt Robson no trabajaba sólo en este asunto. Tiene un socio.

—¿Quién?

—La amiga de William Leigh.

—¡No!

—Sí, nena. Nos estamos refiriendo a la pelirroja Joan.

—Y yo les digo que no puede ser.

—Comprendo que para ti es muy humillante. Matt Robson te hizo el amor porque pretendía sonsacarte, conseguir oigo que tú tenías. Pero la verdad es ésa. Llegaste al hotel hace un rato y visitaste a Robson en su apartamento. Traías contigo el Huevo de Pascua de Fabergé... Fue estupendo para Matt recibir a domicilio algo que vale un millón de dólares. Pero tú ignoras lo más bueno. Que en ese mismo apartamento se encontraba la pelirroja.

La joven se había quedado con la boca abierta.

—¡No puede hacer conmigo eso!

Dos caballeros que estaban a cinco yardas hablando de sus cosas se interrumpieron para volver la cabeza.

Debra se mordió el labio inferior.

—Quiero hacer una prueba.

—¿A qué te refieres?

—Dejando que vaya al apartamento de Matt Robson.

Max miró a Vincent y éste hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—No hay inconveniente, pero Max y yo iremos contigo.

—Quiero ver a Matt a solas.

—Muy bien, entrarás sola. Nosotros nos quedaremos en el corredor. Max rió de nuevo.

—Y te diré una razón de por qué te vamos a autorizar eso. Será muy divertido eso de que entres de pronto en el nido de los palomos.

Vincent se puso en pie.

—Vamos, nena.

Subieron en el ascensor y, al llegar a la planta, Vincent mostró su pistola.

—Estaremos dispuestos a todo, enfermera. No lo olvides si quieres salir con bien de esto.

Debra hizo un gesto de conformidad y echó a andar hacia el apartamento del que había salido minutos antes.

Abrió sin llamar y quedóse asombrada al ver a la pelirroja Joan colgada del cuello de Matt, besándolo en la boca.

Robson quiso interrumpir el beso al oír el ruido de la puerta que se abría, pero Joan lo aferraba con demasiada fuerza y sólo pudo desviar los ojos.

—No se inquiete por mí, señor Robson —dijo Debra, rabiosa—. Puede continuar.

La pelirroja se apartó de Matt de un salto. Al descubrir a Debra sus labios sonrieron.

—¿Celosa?

—Pájara.

—Celosa.

Robson habló frotándose las manos:

—Qué pequeño es el mundo, ¿eh?

—Sólo se da cuenta uno de lo pequeño que es cuando constantemente se ve rodeado de alimañas.

—Cuidado, señorita Heston —repuso Joan—, no se vaya a pisar la cola.

—Ya le pisé la suya y oí un campanileo, serpiente de cascabel.

—Señorita Heston, después de todo, hay muchos hombres en el

mundo... No debe ponerse así porque haya descubierto que Matt sólo me pertenece a mí.

—¿Cree que eso me inquieta? Por mí, se lo puede comer a la plancha, pero por favor, no lo saque hasta que esté al rojo vivo.

—Eh, muchachas —intervino Robson—. ¿Qué les parece si pitamos el fin del primer tiempo y nos ponemos a refrescar?

Debra se encaminó hacia el lugar donde descansaba la caja de zapatos.

—No se preocupe, continuarán el romance en cuanto yo me haya marchado.

—Eh, ¿qué vas a hacer? —dijo Robson.

—Me llevo lo que es mío. Joan soltó una carcajada.

—Eh. Matt, ¿oíste un chiste más bueno?

Robson echó a correr y atrapó a la joven antes de que pudiese alcanzar la caja.

—Espera, Debra.

—Suéltame. No quiero hablar contigo.

—Hay cosas que tú no puedes comprender.

—¿Crees que no tengo ojos en la cara? Ahora ya sé quién eres.

—No se deben sacar conclusiones a la ligera.

—Eres el mayor cínico que he conocido en mi vida.

La puerta del apartamento se abrió y Max y Vincent entraron con las pistolas por delante.

—Un saludo cariñoso a todos —dijo Max.

Joan lanzó un grito y Matt Robson dejó libre a Debra.

—Caramba, muchachos, ya tardabais.

—Tienes que perdonarnos, Matt. Nos demoramos un poco porque cogimos un atasco de la circulación.

—Creo que ya voy comprendiendo —dijo Matt, y miró a la joven—. Hablaste con ellos.

—Sí, y me contaron la verdad, la clase de tipo que tú eres.

Gracias a ellos he sabido que me colocaste un cuento con esa historia del investigador privado por cuenta de la Cromwell Assurance. Eres un ladrón internacional de objetos de arte. Anda, desmiéntelo.

Matt se miró la punta de los zapatos como azorado.

—Disculpa, Debra, pero no me enseñaron otra cosa.

—No me digas que tus padres también eran ladrones.

—No tuve padres.

—¿Tan pobre eras?

—No hagas chistes de mal gusto, Debra. Quiero decir que perdí a mis padres cuando tenía dos años. Me recogió mi tío John. El llevaba veinte años ganándose la vida en el subterráneo de Nueva York. Robaba carteras y no me pudo enseñar otra cosa...

—Qué historia tan sentimental. Maximilian rió con ganas.

—Bueno, muchachos, ahí se quedan contando sus historias. Vincent y yo nos tenemos que ir.

Debra se abalanzó sobre la mesa y atrapó la caja que apretó contra su pecho.

—No me quitarán esto.

Maximilian siguió andando hacia ella y alargó la mano. Ahora estaba muy serio.

—Dame la caja, enfermera.

—No.

—Vamos, no seas tonta.

—Tendrás que pasar por mi cadáver. Matt intervino.

—Debra, dásela o Maximilian pasará por tu cadáver. La joven lo miró con ojos centelleantes.

—Desde ahora no aceptaré tus consejos.

—Debra, esto no es una comedia. Maximilian apretará el gatillo sin vacilar. Al fin y al cabo, el reloj no es tuyo. No tienes nada que perder.

—¿Quién ha dicho que no? Tengo derecho a cien mil dólares.

—Olvídate de ellos y seguirás conservando la vida que es lo importante. Maximilian hizo chascar dos dedos.

—Nada, no agotes mi paciencia. Voy a contar hasta cinco, y si para entonces no me entregas la caja, te vas a ganar un plomo — sacó un silenciador que puso en la pistola.

—Prefiero la muerte.

—¿De veras...? Vamos a comprobarlo. Uno... Dos...

—Ya puede disparar.

—Tres...

Matt estaba muy cerca de la joven y de pronto le tiró el puño a la cara. Alcanzó a Debra en la mandíbula y la joven se desplomó en el diván dejando caer la caja al suelo.

Todos miraron a Debra que estaba inmóvil, la cabeza colgando

por el brazo del diván. Robson dio un suspiro.

—¿Por qué las mujeres han de ser tan testarudas?

Atrapó un almohadón y lo puso debajo de la cabeza de Debra para que estuviese bien descansada.

Maximilian tomó la caja del suelo y la puso bajo del brazo.

—Parece que la chica te interesa, ¿eh, Matt?

—¿Por qué?

—No dejaste que le pegase un tiro.

—Me molestan los ruidos. Maximilian rió.

—Bueno, yo terminó la larga carrera.

—Deseo que lo disfrutéis.

—Seguro, muchacho, seguro... Cuando Vincent y yo estemos en cierto lugar paradisíaco, te echaremos de menos, Matt. Para que te sirva de consuelo, algún día brindaremos por ti deseándote los mayores éxitos en tu carrera.

Retrocedió hacia la puerta, donde lo esperaba Vincent, y los dos compinches salieron del apartamento.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Joan dio un histórico chillido.

—¡Corre tras ellos, Matt!

Pero Matt sacó un cigarrillo de un paquete y lo encendió con la llama del encendedor. Joan apretó los puños, la cara surcada por un ramalazo de ira.

—¿Es que te vas a quedar quieto?

—Sí, nena.

—¿Por qué?

—Porque aprecio mi piel.

—¡Se nos han llevado el reloj...! ¡Un millón de dólares...! Y a ti sólo se te ocurre salvar tu piel.

—Perdona, pero no tengo otra de repuesto.

—Matt, por lo que más quieras, no puedes estarte quieto. Ve detrás de ellos.

—Nena, en esta vida hay que saber perder.

—No me irás a decir que renuncias al millón de dólares.

—No he dicho eso.

—Entonces, ¿cuál es tu actitud?

—Ellos correrán ahora con la pelota. Déjalos que disfruten por un rato.

—Cariño —sonrió la joven—. ¿Es que piensas seguir luchando...?

—Sí, nena. Yo no abandono nunca. Pero te lo suplico, no más escenas de amor...

En aquel momento Debra volvió en sí. Dirigió una mirada a su alrededor y al ver donde se encontraba dio un salto.

—¿Dónde están?

—Se marcharon —contestó Robson.

—¿Con el Huevo?

—Sí, nena, se llevaron la clara y la yema.

—Tus chistes son deleznales.

—Lo siento, pero trataré de renovar mi repertorio.

—No habrá una nueva oportunidad para que tú y yo nos encontremos.

—Quién sabe...

—Yo sí lo sé. Te detesto... Eres un hombre abominable. Debería darte vergüenza pegar a una mujer.

—Si no te hubiese pegado, te habrían tenido que sacar de aquí con los pies por delante. La pelirroja dio un bostezo.

—Disculpe, señorita Heston, pero Matt y yo no deseamos su compañía. Queremos estar solos.

—Son tal para cual. No se preocupen. Van a estar solos en seguida. Caminó rápidamente hacia la puerta.

—Eh, Debra, espera un momento —dijo Matt.

—No tengo nada que escuchar.

—Sólo era un ruego.

—¿Sí?

—Olvídate del reloj de Fabergé. Te resultará fácil. Tú eres una enfermera y la aventura que has protagonizado no tiene nada que ver con tu vida normal... Durante unas horas te relacionaste con gente que no merece tu amistad... Si, Debra, admito lo que dijiste acerca de las alimañas. Espero que saques la lección... Apártate de nosotros, de la gente como Maximilian, como Vincent...

—Como Joan y como tú.

—Sí, Debra. Será mejor para ti. Dentro de unos días, lo habrás olvidado todo o quizá pienses que sólo fue un sueño. Buena suerte.

La joven titubeó unos instantes y entonces Joan dijo:

—Creí que se iba ya, señorita Heston.

Debra estaba mirando muy fijamente a Matt y pareció despertar de una súbita hipnosis.

Salió del apartamento y cerró con un fuerte portazo. Ahora ya no tuvo ninguna dificultad en salir del hotel. Tomó un taxi al que dio la dirección de su apartamento.

Tomó un baño caliente y se fue a la cocina, donde despachó un sandwich y una taza de café. Luego encendió un cigarrillo.

No dejaba de pensar en el asunto relacionado con la joya de Fabergé. Una cosa habla clara en su cabeza. Tenía que avisar a la policía. William Leigh había encontrado la muerte cuando escapaba del hospital. Nadie lo había asesinado; pero ¿no era también cierto que Leigh continuaría vivo si no hubiesen sido perseguidos? ¿No giraba todo aquel asunto alrededor de un objeto robado, de una joya cuyo valor ascendía a un millón de dólares? Era cierto que el robo había sido efectuado en Estados Unidos, pero también existía la Interpol...

Sí, estaba claro. Tenía que marcar el número de la policía. Descolgó el teléfono y se puso a discar.

De pronto, la puerta del apartamento se abrió.

Debra alzó la cabeza y quedó sorprendida al ver entrar en el vestíbulo a sus viejos conocidos Maximilian y Vincent, Maximilian tenía una pistola en la mano.

—Deja ese teléfono quieto, Debra.

—Eh, ¿qué les pasa ustedes...? ¿No tienen ya lo que querían?

Dejó el auricular en la horquilla y observó la cara de sus visitantes.

Vincent parecía que se había tragado un arenque, Max había envejecido unos cuantos años en el poco rato transcurrido desde que lo vio en el Hotel Republique.

—Bueno, ¿quieren hablar de una vez?

Max hizo una señal a Vincent y entonces éste apartó las manos de su espalda mostrando la caja de cartón que Debra había retirado del apartado de Correos.

—Mira eso, Debra —dijo Max.

La joven tomó la caja y la abrió. Dentro estaba el Huevo de Pascua que era al mismo tiempo un reloj.

—No me digan que atrasa.

—No lo sé, Debra. No se nos ocurrió ponerlo en marcha porque

lo que nosotros queríamos era el Huevo de Pascua de Fabergé y éste es un reloj falso.

Debra se quedó con la boca entreabierta y sacó el reloj que estaba dentro de la caja. Miró la pedrería de la base y entonces pudo comprobar sin lugar a dudas que eran falsas.

No, no era el mismo reloj que ella había sacado la primera vez de la caja de zapatos.

CAPÍTULO IX

—¡Matt Robson! —exclamó Debra.

—Sí, ese condenado rubio nos la jugó a todos —asintió Maximilian.

—Pero ¿por qué han venido a mi apartamento? El no está aquí. Debieron ir al hotel.

—¿Crees que somos tontos? Ya estuvimos en el hotel, Robson se largó. ¿Lo oyes...? Canceló su cuenta. Voló del nido.

—¿Y la pelirroja?

—También se marchó para no volver. Ocupaba la habitación vecina bajo un nombre supuesto, Judith Taldmage.

—La joven puso el falso reloj en la caja y tiró ésta hacia Vincent, el cual la atrapó con celeridad para evitar que le cayese sobre un pie.

—Menudo sinvergüenza —dijo Debra.

—Ya puedes estar segura de que lo es más que ningún otro hombre que hayas podido conocer en tu vida —rezongó Maximilian.

—¿Adónde ha ido?

—A eso nos llegamos aquí, para que nos lo dijese.

—No tengo la menor idea, pero no hace falta ser un lince para imaginar el resto. Ha vuelto a Estados Unidos.

—No, no puede.

—¿Por qué?

—Lleva consigo el reloj y los aduaneros son unos muchachos muy quisquillosos. Les gusta husmear y no les sienta nada bien que un viajero lleve en el equipaje escondido un reloj por valor de un millón de dólares.

Vincent tomó la palabra.

—Max y yo hemos pensado mucho en el asunto y llegamos a una conclusión. Robson continúa en Francia. No tiene más remedio

que seguir aquí hasta encontrar un comprador.

—Supongan que ya lo tiene —repuso Debra—. En estos momentos es posible que Matt haya colocado el reloj y, con su dinero, podrá largarse.

—Hemos tomado las medidas.

—¿A qué se refiere?

—Sabremos quién abandona el país. No podrá camuflarse ni aun utilizando nombres supuestos. Max y yo sabremos si ese tipo listo se decide a salir del territorio francés.

La joven dio un suspiro.

—Está bien, pero me temo que yo no pueda hacer nada por ustedes.

—¿Estás segura, Debra? —inquirió Maximilian.

—Claro que sí. No les engaño. ¿Por qué creen que Robson me iba a decir adónde pensaba ir?

—Quizá porque, por primera vez en su vida, una chica le interesó más de la cuenta. La joven quedó sorprendida al oír aquellas palabras.

—¿Qué tontería es ésa?

—Robson te salvó la vida. Te golpeó para dejarte fuera de combate cuando yo estaba dispuesto a disparar contra ti. Naturalmente, se jugó la piel en ese momento porque yo pude suponer que él me iba a atacar a continuación.

—Me golpeó solamente para hacer más real su comedia.

Recuerden que, ese momento, en la caja de cartón ya no estaba el reloj bueno.

—Esto ya lo sabemos. Estaba el falso, pero sigo pensando que ese chico se interesó por ti.

—Es una discusión ridícula. De todas formas, les repito lo de antes. No tengo la menor idea del paradero de Matt Robson.

Los dos hombres la miraron silenciosamente y por fin Max cabeceó.

—Está bien, Vincent y yo nos iremos. Pero te voy a dar un consejo, nena. No vuelvas a marcar ese número que estabas discando cuando nosotros entramos.

—¿A qué número se refiere?

—Al de la policía. Y no digas que estabas llamando a una amiga.

—¿No creen que lo mejor es avisar a la policía para evitar que

Matt nos burle a todos?

—No, nena. La policía no tiene vela en este entierro. No queremos el reloj para dárselo a los polis. Vincent y yo tenemos derecho al Huevo y no renunciaremos a él en favor de nadie. ¿Queda entendido?

—Sí.

—Recuérdalo, o quizá te ocurra algo desagradable... Vamos, Vincent. Los dos hombres dieron media vuelta y salieron del apartamento. Cuando Debra quedó a solas, se dejó caer en un sillón.

Ahora comprendía por qué Matt Robson se había tomado con tanta filosofía la pérdida de la caja. Naturalmente, en aquel instante, cuando Joan le recriminó por no ir detrás de Max y Vincent, él estaría sonriendo para sus adentros porque había puesto a buen recaudo el Huevo de Pascua de Fabergé. Eso quería decir que la pelirroja no estaba al corriente del cambio. Sin embargo, los dos habían abandonado el hotel.

¿Qué tontería estaba pensando? La pelirroja había representado un papel para que ella, Debra, se marchase del hotel en la creencia de que Max y Vincent se habían llevado la joya buena.

En fin, todo había terminado.

¿Terminado...? Apretó los dientes, rabiosa. Se sentía víctima de un engaño, de las maquinaciones de Matt Robson.

Bueno, al diablo con todo. Lo mejor que podía hacer era irse a la cama. Estaba muy cansada y ya era muy tarde. Necesitaba dormir, el sueño reparador...

Se dirigía hacia el dormitorio cuando se abrió otra vez la puerta del apartamento. La pelirroja Joan entró en la estancia con una valija, a paso de carga.

—¿Dónde está ese canalla? ¿Dónde?

—¿A qué canalla te refieres?

La pelirroja se detuvo en medio de la estancia. Dejó caer con fuerza la maleta en el suelo y sus dedos se arquearon como zarpas mientras sus ojos chispeaban furiosamente.

—Sólo hay un canalla en el mundo digno de ser ahorcado, pisoteado, de que lo rajen de arriba abajo. Matt Robson.

—De modo que es él.

—No te hagas la tonta, mosquita. Dime dónde está o te rajo a ti también. Diciendo eso, metió la mano en el bolso y sacó una pistola.

—Eh, te equivocas de instrumento, Joan. Eso no sirve para rajar.

—No te hagas la chistosa.

Debra no perdió la calma. Cruzó los brazos y dijo:

—Así que, también te la pegó a ti...

—Ya imaginé que lo haría. Lo imaginé desde que te vi... Supe que él estaba por tus huesos.

—¿Te lo dijo él?

—No, no me lo dijo, pero eso es algo que una mujer lo sabe sin necesidad de que el tonto de turno se lo confiese llorando sobre su hombro. Y ya basta de palabrería —señaló el dormitorio—. Está ahí, ¿verdad?

—No.

—Claro, ¿qué vas a decir tú? Pero de nada te valdrá tu supuesta serenidad. No lograrás engañarme.

—Puedes registrar el apartamento de abajo arriba. Mientras tanto, fumaré un cigarrillo.

—Ni lo pienses. Tú vas a venir conmigo.

—Está bien, si no hay remedio...

Cinco minutos después, estaban de regreso en el vestíbulo, pero Joan, a pesar de que no había encontrado a Robson, seguía respirando agitadamente porque no había podido calmarse.

Apuntó con la pistola a Debra.

—¿Dónde te has citado con él?

—En ninguna parte.

—¿Crees que estás hablando con una estúpida?

—Sí, lo creo.

—Pues vas a ganarte una bala.

—¿Es que todavía no te has dado cuenta de la clase de hombre que es Matt Robson, Joan? A él mismo le oí decir esta tarde que era un lobo solitario.

—No hace falta que me lo expliques. Sé quién es Matt Robson. Un ladrón que siempre ha trabajado solo.

—Entonces, no comprendo cómo, sabiendo eso, te uniste a él.

—Creí que me jugaría limpio.

—Oh, sí, no sé por qué te recrimino... Las mujeres somos unas ingenuas con cierta, clase de tipos... También a mí me engañó... Pero lo tuyo resulta más absurdo, puesto que eras la prometida de William Leigh. Si sabías que Robson era un ladrón, pudiste suponer

que si el rubio se acercaba a ti era para adueñarse del Huevo de Pascua de Fabergé.

Joan guardó la pistola en el bolso.

—Creí que se había enamorado de mí. Lo decía de una forma tan convincente...

—Hasta ahora he oído muchas cosas de Matt Robson, pero en realidad lo conozco muy poco.

—Es un genio.

—¿Te refieres a su profesión como ladrón o a sus especiales condiciones para enamorar a una mujer?

—Creo que los dos aspectos son inseparables en Matt Robson. En 1956 robó en Roma al príncipe de Aquaviva. Se le llevó cuadros de Tiziano, dos Botticelli, un Rafael y tres Rubens y la princesa de Aquaviva.

—¿Esposa o hija?

—A la esposa, pero había entrado en la casa como prometido de la hija.

—Qué gran muchacho...

—En 1959 asaltó cuatro residencias en la Costa Azul. Lo hizo todo en una sola noche y lo gracioso del caso es que las cuatro casas le abrieron la puerta. Durante unas semanas se había dedicado a la criada de cada una de las fincas. Las enamoró a las cuatro. Estúpida de mí... Y con esos antecedentes me dejó enamorar por ese Landrú.

—¿Dónde te dejó plantada?

—Salimos del hotel y fuimos al aeropuerto para tomar el avión que nos iba a llevar a Niza. Al llegar al aeropuerto dijo que tenía que telefonar a un amigo. Se le ocurrió eso cuando estábamos en el bar tomando un aperitivo, y allí me dejó con una aceituna rellena en la mano.

—¿Adónde puede haber ido?

—No lo sé.

—Haz un esfuerzo de memoria, quizá te dio alguna pista.

—¿El...? Ni pensarlo. Nunca habla de sus cosas... Me daría de bofetadas hasta levantarme la piel...

En aquel momento la campanilla del teléfono se puso a sonar. Debra descolgó.

—¿Sí?

—Hola, nena.

Debra sintió un escalofrío por la espalda. Había reconocido la voz de Matt Robson.

Vio que Joan la miraba con un fruncimiento y dijo por el micro:

—Buenas noches, doctor Johnson.

—Eh, nena, no soy el doctor Johnson.

—Lo sé, doctor Johnson, pero no fue culpa mía. El paciente no quiso tomar la medicina.

—Comprendo, no estás sola.

—Sí, doctor Johnson. Debí informarle a usted, pero se me olvidó. Usted sabe que me han ocurrido cosas insospechadas...

—¿Quién está ahí, Max o Vincent?

—Estuvieron los familiares a ver al paciente, pero les dije que no podía recibirles. Se pusieron muy furiosos porque habían hecho el viaje. Traté de conformarles antes de que se marchasen...

—De modo que no son Max ni Vincent.

—También vino la tía del paciente. Fue la última en llegar.

—Joan.

—Sí, doctor Johnson.

—Imaginé que la pelirroja no se quedaría a vivir en el bar del aeropuerto. Escucha, Debra, te necesito urgentemente.

—Lo siento, doctor Johnson, pero no puedo salir de cesa.

—Es cuestión de vida o muerte. Estoy atrapado, y ésta ves se trata de unos tipos más peligrosos que Vincent, Maximilian y todos los demás. Son los mismos fulanos que os persiguieron a ti y a Leigh cuando salisteis del hospital. Estoy en una cueva de Saint Germain-des-Prés. Voy a salir de aquí, pero quiero que vengas para hacerte cargo de la caja... La escondí en el estuche del violinista, un tipo delgado que responde al nombre de Fabián.

—Está bien, doctor Johnson, estoy muy cansada, pero me pondré camino del hospital inmediatamente.

—Nena, pero has de atenerte a mis instrucciones.

—Dígame lo que debo hacer para el caso de que el paciente vuelva a tener fiebre.

—Cuando entres en el local procura disimular lo que puedas. Llégate al extremo del mostrador que está más cercano a la orquesta y bebe cualquier cosa. Luego te acercas a Fabián y le dices que te mando yo y que ha de darte la caja que él guarda en su estuche.

—Un comprimido de trescientas mil unidades de Terramicina...

Sí, doctor. ¿Y si se le hincha el pie?

—Una vez tengas en tu poder la caja, sal de la cueva.

—No recuerdo el nombre de ese analgésico, doctor Johnson.

—Oh, sí, disculpa... El local se llama «Bandido».

—Muy a propósito para cierta clase de pacientes, doctor Johnson.

—De allí has de ir a la torre Eiffel. Trataré de desembarazarme de mis perseguidores y a las dos de la madrugada te esperaré en la cuarta planta, el restaurante que lleva el nombre de Cleo.

—Sí, doctor Johnson. He tomado nota de sus instrucciones, pero le quiero pedir un último favor. ¿Quiere que llame a Margot? Quizá ella se encuentre en condiciones de poder sustituirme esta noche. Le aseguro que he pasado muy mal rato durante las últimas horas...

—Supongo que conservas la pistola que me quitaste.

—Sí, doctor Johnson. No llamaré a Margot. Iré yo misma.

—No te fíes de nadie. Ten la pistola a mano y no vaciles en disparar si te ves en un peligro.

—Descuide, doctor Johnson. Cumpliré con mi deber.

—Hasta luego y buena suerte.

Oyó que Robson colgaba a la otra parte y ella lo hizo a continuación. Dio un suspiro.

—Bueno, ya lo oíste, Joan, tengo que regresar al hospital.

—Yo, en cambio, no tengo dónde ir.

—Puedes alojarte en un hotel.

—Me quedé sin dinero. Para ser exacta, apenas me quedan cien francos y, ¿qué es eso para estar anclada en una capital como ésta?

—Bueno, creo que no tengo más remedio que invitarte a que te quedes.

—Gracias, eres muy amable.

Debra se fue al dormitorio y en pocos minutos se cambió poniéndose su uniforme de enfermera.

Salió así del dormitorio, pero luego se cubrió con un abrigo.

Joan se había sentado en un sillón, las piernas cruzadas, y fumaba un cigarrillo.

—Puedes acostarte en mi cama, Joan. No volveré hasta las nueve de la mañana. A esa hora una compañera me sustituirá.

—Quiero tomar antes un baño, si no te importa.

—En absoluto.

—Eso me relajará.

—Desde luego.

Debra se despidió definitivamente de su huésped y abandonó el apartamento.

Tuvo que andar cien yardas antes de encontrar un taxi al que dio la dirección de la cueva llamada «Bandido», en Saint Germain-des-Prés.

Llegada a su destino, pagó el importe de la carrera y entró en el local descendiendo por una escalera de caracol.

La atmósfera estaba llena de humo.

Un tipo que estaba ebrio le cerró el camino.

—Denise, mira qué criatura tan bonita... Una enfermera. Es lo que yo necesito para mi salud...

La mujer que acompañaba al borracho puso una mano sobre el hombro de Debra.

—Venga con nosotros. Queda contratada.

—Lo siento, señora, pero no estoy libre.

—¿No lo oyó...? Mi marido la necesita.

—Sí, lo oí pero hay otros pacientes que me necesitan con más urgencia que su marido. Debra apartó de un manotazo al hombre, pasó junto a la mujer y terminó de descender la escalera.

El local estaba iluminado con luces indirectas, pero parecía que lo fuese por una vela, ya que los rostros tenían un color verdoso a través del aire infecto.

CAPÍTULO X

El mostrador estaba a la derecha, en forma de semicírculo, y tan lleno de gente que difícilmente lograría abrirse paso para beber algo.

Al lado del extremo más alejado de la barra, y entre la nube grisácea, vio unos hombres gesticulantes. Tuvo que acercarse un poco más para darse cuenta de que se trataba de los músicos.

El violinista era delgado, de sienes y mejillas hundidas, muy alto, y con abundante cabellera, la cual parecía haber metido en un cubo de agua porque le caía flácida y húmeda sobre la frente.

Al llegar al extremo opuesto del mostrador miró al violinista, el cual estaba con los ojos cerrados, como si durmiese, mientras arrancaba las notas de las cuerdas.

Pensó en la posibilidad de que Matt se encontrase allí a pesar de que le había dicho que se marchaba, pero no podía mirar a un lado y otro porque también Matt le había dicho que debía disimular.

—¿Un trago, nena? —Oyó una voz.

Al volverse vio a un tipo de ojos con grandes bolsas y labios abultados.

—No, gracias.

—Te animaré... Hace una noche muy fría —tomó la mano de la joven y sacudió la cabeza—. Sí, estás helada.

Debra se dijo que si se negaba podría llamar la atención y eso equivaldría a no tener en cuenta las instrucciones de Matt.

—Está bien. Un *whisky*.

—En seguida te lo sirvo.

El hombre se apartó de ella y Debra consideró la posibilidad de escabullirse, pero desechó tal idea. Había ido allí para hacerse cargo del Huevo de Pascua de Fabergé. Era lo que más deseaba en el mundo. Recuperar el reloj perdido.

Observó otra vez al violinista, pero tampoco le sirvió porque el

larguirucho continuaba interpretando su pieza con los ojos cerrados.

—Aquí tiene su *whisky*.

Estuvo a punto de volcar el vaso, pero el obsequioso desconocido lo evitó alzando la mano ocupada.

Debra bebió un trago y sintió que le ardía la garganta.

—No la he visto por aquí.

—Es la primera vez que vengo.

—Mi nombre es Bertrand Gravier.

—Debra Heston.

—¿Bailamos, Debra?

El hombre la rodeó por la cintura y se pusieron a bailar con las otras parejas. La joven sintió que el tipo la apretaba demasiado.

—Disculpe —sonrió—, pero tengo necesidad de respirar...

—Evítelo todo lo que pueda. Este aire resulta muy malo para los pulmones. Por eso pretendía hacerle un favor.

En aquel momento acabó la pieza, lo cual fue un descanso para Debra. Temió por un instante que los músicos reemprendiesen su trabajo con otra interpretación, pero abandonaron sus instrumentos y, cosa extraña, el violinista ya había abierto los ojos.

—Disculpe, señor Gravier, pero he de hablar con un amigo.

—Vaya, muchacha, vaya, pero cuento con usted para la próxima pieza...

—Seguro, señor Gravier.

Se dirigió hacia Fabián, el cual se enjugaba la frente con un pañuelo.

—Buenas noches, Fabián.

El larguirucho la miró con aire de cansancio.

—Perdona, pimpollo. Esta noche, no. Ella lo miró con perplejidad.

—No vengo por lo que usted cree... Soy amiga de Matt Robson. Fabián enarcó las cejas.

—Matt Robson, ¿eh?

—Sí; y, por favor, baje la voz.

Fabián se pasó el pañuelo por los labios y, mientras miraba al fondo de la estancia, habló por la comisura de la boca.

—Hoy no vino Matt. Puede marcharse.

—Sé que estuvo.

—¿Sí?

—Me hizo una llamada hace un rato. Por eso estoy aquí. Usted debe darme lo que él le dejó en depósito.

—No me dejó nada.

—No diga tonterías.

—Será mejor que se vaya, muchacha.

—Claro que me iré, pero he de salir de aquí con la caja que usted guarda en el estuche de su violín.

Fabián forzó una sonrisa y miró a la joven. En esa posición dijo:

—Cuidado, nos vigilan.

—¿Quién?

—Dos hombres que hay junto al mostrador, uno pelirrojo de nariz pecosa y el otro rechoncho, con doble papada.

Ella también sonrió, como si el tema de conversación abordado fuese muy gracioso.

—¿Qué puedo hacer, Fabián?

—No se me ocurre nada.

—Pero he de salir de aquí.

—No tenga prisa... Escuche bien, dentro de un par de minutos vamos a interpretar una pieza de *jazz*. Yo dejaré el violín para tocar la trompeta. Cuando eso ocurra la gente joven se amontona delante de nosotros. Mézclese entre ellos. Ha de aprovechar su oportunidad entonces para atrapar la caja que está en el estuche del violín.

—¿Dónde está el estuche?

—Se lo dejaré junto a la pared, detrás del batería.

—De acuerdo, Fabián.

Fabián se echó a reír como si Debra hubiese dicho el mejor chiste de todos.

—Escuche bien, señorita. Si no logra despistar a esos hombres, no salga de aquí con la caja. Renuncie a la idea y márchese.

—Saldré con la caja.

—Le repito que puede ser peligroso si ellos van detrás.

—Usted cumpla con su parte y yo trataré de cumplir con la mía.

—Como despedida le diré que Matt Robson esta vez tuvo mucho gusto.

—Gracias, Fabián.

—Espero que volvamos a vernos... Si no aquí, en el infierno.

—Es usted estupendo dando optimismo.

—Realista nada más Prepárese. Vamos a empezar la pieza de *jazz*.

Debra vio por el rabillo del ojo que Bertrand Gravier la miraba, lo cual quería decir que estaba preparado para bailar la siguiente pieza.

Fabián tomó la trompeta y escupió tres notas.

El muchacho de la batería se puso a golpear la caja con los palillos.

Instantáneamente, clientes jóvenes que se vestían de una forma extraña empezaron a acercarse.

Debra ya estaba al lado de la tarima y sólo tuvo que deslizarse hacia la izquierda para alejarse de Bertrand. No quería que éste le molestase en el momento en que se acercase al estuche del violín.

El número de *jazz* fue despertando el interés de una gran masa de clientes.

Fabián puso todo su arte en la ejecución de la pieza. Constantemente era interrumpido por aplausos de sus admiradores.

Debra se dio cuenta de que el músico hacía todo lo posible por facilitarle a ella el trabajo. Se deslizó junto al batería hasta tocar el muro con la yema de los dedos. El estuche del violín quedó muy cerca de ella.

Se sentó en el borde de la tarima y tuvo el estuche a su espalda.

En el momento siguiente le fue fácil abrir el estuche y meter la mano en el interior. Sus dedos tropezaron con una caja de madera. Dentro estaba el reloj de Fabergé que el zar Nicolás II había regalado a su esposa muchos años atrás.

Sacó la caja y se puso en pie retrocediendo junto al muro.

Su avance fue muy lento, ya que tenía que deslizarse por entre la masa de espectadores que se habían acercado para escuchar la sesión de *jazz*.

Vio la escalera a lo lejos. Ahora estaba desierta. En cuanto llegase allí habría logrado la libertad.

De pronto vio por entre dos cabezas un hombre cuyo cabello era rojizo y la nariz pecosa y sintió un estremecimiento.

Aquel tipo era uno de los dos a que Fabián se había referido.

Desvió su rumbo para no tropezar con él, ya que el pelirrojo parecía escuchar con mucho entusiasmo la pieza de *jazz*.

Diez metros la separaban de la escalera. Ocho, cinco... De

pronto una mano la atrapó por el brazo.

Fue a lanzar un grito pero logró contenerlo.

No, el hombre que había interrumpido su camino no era el pelirrojo ni el hombre de la doble papada, sino Bertrand Gravier.

—Nena, te preparé otro *whisky*.

—Disculpe, pero me tengo que marchar.

—¿Por qué tan pronto?

—Mi tía está enferma y tengo que darle la tisana.

—Eres una sobrinita muy cuidadosa, pero estoy seguro de que ella podrá pasar sin la tisana, al menos por un par de horas.

—Oh, no. Celebro mucho haberlo conocido... Hasta otro día.

—No te dejaré marchar —dijo Gravier. Debra le pegó una patada en la espinilla.

Gravier lanzó un chillido, pero dejó libre a Debra y ésta subió por la escalera. En una de las curvas tropezó con un hombre.

Se detuvo observando que las piernas que tenía delante eran fuertes, grandes.

Alzó los ojos y se encontró ante una cara abotargada, mofletuda, unos ojos pequeños, muy brillantes, que parecían trozos de cristal verdoso, una doble papada bajo la barbilla pequeña, casi femenina.

—¿Adónde vas con tanta prisa, ricura?

—Disculpe, pero he de llegar pronto a casa.

—¿Te dijeron que se está incendiando?

—No, señor —trató de sonreír Debra—, pero mi novio me espera.

—Bueno, puede esperar un poco más.

—Oh no señor, me voy a casar dentro de un par de semanas...

—¿Qué llevas ahí?

—¿En dónde?

—En esa caja.

—Oh, fue el regalo de boda de un amigo. Me citó en este local para dármelo.

—¿Qué es lo que te ha regalado?

—Lo de siempre, un jarrón.

—Vaya, me gustan los jarrones. Soy coleccionista. Quiero ver ése que te han regalado.

—No tiene importancia, es uno muy vulgar.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo vi dentro.

—En ese caso, vas a hacer negocio conmigo, quizá falte en mi colección... Puedo comprártelo.

—Oh, no, señor; lo siento, es un regalo que tengo en mucha estima. El tipo metió la mano en el bolsillo y sacó un grueso fajo de billetes.

—¿Sabes cuánto hay aquí, dulzura?

—No, no lo sé.

—Quinientos francos. Es lo que voy a dar por el jarrón. Estoy seguro de que tu amigo no habrá gastado más de cien.

—Ya le he dicho que no está en venta.

El hombre de la doble papada sonrió enseñando unos dientes muy blancos, parejos.

—No quieres hacer el negocio, ¿eh, ricura?

—No, señor.

—Lo comprendo. En esa caja no hay ningún jarrón.

—¿Cómo?

—Es otra cosa... un reloj.

—No, señor. Se equivoca.

—Ábrelo.

—¿Qué dice?

—Que lo abras.

Debra comprendió que estaba perdida. Aquel hombre que le obstruía el camino no la dejaría marchar.

De pronto se oyeron risas en lo alto de la escalera. Un hombre y una mujer estaban bajando. Era el matrimonio con el que se había tropezado a su entrada, el marido que la quería llevar a su casa para que le sirviese de enfermera y la esposa que le recomendaba al marido.

Se detuvieron al encontrarse con que el gordo les interrumpía el paso.

—Eh, Denise, mira a quién tenemos aquí, a nuestra enfermera...

—No quiere saber nada de ti —dijo Denise.

—Se equivoca, señora —repuso Debra—. Estoy dispuesta a ir con ustedes...

—Bravo —exclamó el esposo ebrio y se echó sobre el gordo para apartarlo. El gordo le pegó con el antebrazo arrojándolo contra la pared.

Denise dio un grito.

—Eh, usted, salvaje, ¿qué ha echo con mi marido?

El marido rodó por la escalera y Debra tuvo que apartarse para evitar que se la llevase por delante.

—Cierre el pico, cotorra —dijo el gordo a Denise. Denise era una mujerona con un comienzo de bigote.

—¿Yo, cotorra?... —repuso Denise y le tiró el puño a la cara.

Alcanzó al gordo entre los dos ojos, quien estuvo a punto de arrancar de cuajo la barandilla de hierro.

Debra vio un hueco ante sí y corrió escaleras arriba como una exhalación. A su espalda oyó al gordo mugir como un buey.

—Maldita cotorra... La voy a dejar sin plumas.

Al llegar a la calle, Debra imprimió velocidad a sus piernas. Terna que alejarse de allí lo más aprisa que pudiese.

—Eh, usted, párese —oyó una voz a su espalda.

Hizo una señal a un taxi que pasaba en aquel momento por la calzada. Mientras se introducía en el auto volvió la cabeza.

Vio a un hombre correr hacia ella. Era el pelirrojo.

—¡Rápido, arranque! —gritó al conductor. Por fortuna el taxista le obedeció.

El pelirrojo no llegó a alcanzar el auto, y Debra, a través de la ventanilla trasera, vio cómo retrocedía corriendo, indudablemente en busca del coche que debían haber estacionado cerca del local donde trabajaba Fabián.

—¿Adónde quiere que la lleve, señorita? —Oyó que le preguntaba el chófer.

—A la torre Eiffel.

Debra seguía mirando por la ventanilla trasera.

De pronto vio el auto negro. Ya lo conocía. Era de marca americana. El que vio por primera vez cuando escapó del hospital en compañía de William Leigh.

—De prisa, chófer.

—No puedo sacar más provecho de este viejo motor.

—Le pagaré el doble.

—Lo siento, señorita, pero ni aunque me pagase el triple podría hacer correr a este caballo cansado.

—Déjeme entonces en la próxima esquina —dijo Debra, porque estaba segura de que en pocos minutos el coche de sus

perseguidores le daría alcance.

Pagó mientras el taxista apretaba el pedal del freno. Abrió la portezuela y echó a correr por una callejuela.

Cuantío estaba a mitad de ella, unos faros la iluminaron y oyó a su espalda el rugido de un motor.

Supo lo que iba a ocurrir inmediatamente.

El hombre que conducía el auto lanzaría éste sobre ella. La aplastaría.

Era la misma clase de muerte que habían destinado para William Leigh.

Con William Leigh habían fallado. Pero esta vez no fallarían con ella.

Tenían todas las probabilidades a su favor.

La callejuela venía justa para el coche y apenas tenía dos palmos de acera por cada lado.

Mientras corría sentía el golpeteo de su corazón en el pecho.

Miraba a un lado y otro buscando un rincón, la entrada de una casa en donde refugiarse.

Pero había muy pocas puertas y todas estaban cerradas.

El auto seguía rugiendo como un animal salvaje dispuesto a devorarla. Sintió en su nuca el soplo caliente de las fauces.

Un segundo más y su vida acabaría porque para ella no había salvación.

Corrió con todas sus fuerzas.

El final de la callejuela estaba ya muy cercano, pero nunca lo alcanzaría. Estaba segura de ello. Nunca.

CAPÍTULO XI

Se arrojó al suelo rodando hacia la esquina.

Llegó dando vueltas y torció, apoyando el hombro contra el muro.

El coche pasó por su lado y el conductor tuvo que doblar a la derecha, justo al contrario del que ella se encontraba porque la calzada en la que desembocaba el callejón se ensanchaba por esa parte.

Debra se levantó rápidamente sintiendo un fuerte dolor en el hombro. El coche hacía chirriar los frenos porque se había alejado mucho.

La joven reanudó otra vez la carrera. De repente oyó un golpe.

Volvió la cabeza. El coche se había estrellado contra una farola. Contaba ahora con una ventaja que quería aprovechar.

Un taxi. Eso era lo que necesitaba. Pero no vio ninguno.

De pronto vio que un coche se apartaba del bordillo de la acera. Se abalanzó sobre él, abrió la portezuela y se coló dentro.

—¡No se detenga! —gritó al conductor, un tipo con barba que la miró sorprendido.

—Eh, ¿qué le pasa?

—Me persiguen dos *gangsters*. Lo matarán a usted también. Eche a correr.

El hombre de la barba no necesitó más para sacar el máximo rendimiento a su auto.

En pocos segundos salieron de aquella calle y, ya ante una avenida, el barbudo hizo correr el vehículo como una flecha.

—Me detendré ante la primera comisaría, señorita.

—Oh, no haga eso. Quiero ir a la torre Eiffel. Por favor, déjeme allí.

—Dijo que la perseguían dos *gangsters*.

—Sí, pero la policía empeoraría el asunto.

—No la comprendo.

—No hace falta que me comprenda. Lo que le interesa a usted ahora es perderme de vista, ¿no es así?

—Seguro. Soy casado y profesor del Liceo. Nadie creerá lo que me está pasando.

—No hará falta que lo cuente si no acude a la policía. En pocos minutos el coche estuvo en la torre Eiffel. Debra se despidió de su benefactor.

Subió en un ascensor a la cuarta planta. Al llegar al restaurante vio a Robson que estaba en una mesa del fondo, construyendo un edificio con mondadientes.

—Buenas noches, señor ladrón.

Robson alzó los ojos y sonrió.

—Hola, nena, siéntate. Ya pedí un café con leche para ti. Ella apretó los maxilares con rabia.

—¿Sólo se te ocurre decir eso?

—Bueno, también puedes pedir un bollo.

—Sabes perfectamente a qué me refiero. Ha faltado poco para que me matasen.

—No.

—Sí, Matt Robson.

—Lo siento, Debra, creí que podrías salir de la cueva sin peligro.

—No seas hipócrita. No has hecho otra cosa que valerte de una mujer, lo mismo que siempre.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Lo suficiente para saber que eres un ser depravado.

—No, nena. No soy tal cosa.

—Joan me dio una buena biografía tuya; Matt Robson, ladrón internacional, fichado por la policía de varios continentes... Robo en el año 1956 en el palacio del príncipe de Aquaviva... Al menos, debiste dejar en el palacio a la princesa... Robo en el año 1938, y conquistaste a cuatro criadas.

—No, nena, yo no hice nada de eso.

—Desmíentelo ahora.

—Sí, Debra. Tengo que desmentirlo.

—No te sirve.

—Yo no soy Matt Robson.

—¿Cuántos otros robos habrás cometido? ¿A cuántas mujeres

habrás...? —Debra se interrumpió—. ¿Qué es lo que has dicho?

—Que no soy Matt Robson. El verdadero Robson murió en nuestro país hace tres años, aunque pocas personas lo saben.

—Anda, búrlate otra vez de mí.

—Es la verdad. Mi verdadero nombre es Geoffrey McWade.

—Cuéntaselo a tu abuelo, el de Kentucky.

El rubio sacó la cartera y de ella extrajo una credencial que alargó a Debra.

—Anda, lee eso.

Debra leyó una credencial a nombre del investigador privado de la Cromwell Assurance, Geoffrey McWade. Había una fotografía que coincidía con la cara del joven que tenía frente a ella.

—¿Cómo sé que no es una falsificación?

—Tienes que creerme.

—Oh, no, antes podía creer a todo el mundo, pero desde que te conozco soy muy escéptica. Además, existen pruebas en contra de esa credencial.

—¿Qué pruebas?

—¿Por qué te hiciste pasar por un ladrón internacional?

—Era la única forma de acercarme al reloj de Fabergé, o sea, a la chica de William Leigh, la pelirroja Joan.

—¿Quién era realmente William Leigh?

—El hombre que robó el huevo en Long Island. Pero no lo hizo solo. Le ayudaron dos hombres.

—¿Quiénes fueron esos dos hombres? He conocido a muchos durante las últimas horas.

—Pero no los conociste a ellos porque murieron. William Leigh los mató para no repartir con ellos el botín. Lo que no tuvo en cuenta Leigh es que sus dos socios hablarían y con ello una nube de delincuentes y de tipos ávidos de dinero se pondría a perseguirlo. Son los demás que has conocido. Vincent, Maximilian, el calvito de los cien nombres y esos fulanos con los que habrás entablado relación en la cueva de Saint Germain-des-Prés.

—¿Por qué no acudiste a la policía cuando la aviste el reloj en tu poder?

—Pensé que podría arreglarlo a mi manera porque de esa forma cobraría los cien dólares de la recompensa.

—Eso sí que no te lo consiento. Esos cien mil dólares me

pertenecen.

—Supongamos que partimos mitad y mitad.

—¿Por qué fuiste a la cueva?

—No tuve más remedio que meterme allí porque el gordito y el pelirrojo me estaban siguiendo. Habían ido tras de mí y Joan al aeropuerto, y trataron de secarme. Corriendo de un lado a otro, llegué a Saint Germain-des-Prés y recordé que en una de aquellas cuevas trabajaba mi amigo Fabián, un muchacho que en otro tiempo perteneció a la policía Judicial de París y que pidió la excedencia para dedicarse a la música... Cuando entré en la cueva, mis perseguidores eran ya cuatro. Te hice la llamada desde la oficina del local pensando en que, con un poco de suerte, lograría llevarme a los cuatro tipos tras de mis talones, pero sólo saqué a dos, quizá porque se olieron la trampa. Si hubiese sabido que corrías peligro no te hubiese sacado de casa.

—Dejé a Joan en mi apartamento.

—No me importa Joan.

Geoffrey le tomó una mano entre las suyas y la apretó mientras la miraba fijamente a los ojos.

—Quizá la verdadera razón de que te haya vuelto a meter en el lío consista en que empecé a sentir algo por ti...

—Es lo que dijo Joan.

—¿Qué te dijo?

—Que cuando me vio, se dio cuenta de que estabas por mis huesos.

—Bueno, también contó un poco el relleno.

—¿Qué vas a hacer ahora, Geoffrey?

—Una cosa muy importante.

—¿El qué?

—Casarme.

La joven abrió la boca, pero no pronunció palabra alguna.

Geoffrey alzó los ojos y vio a dos hombres que entraban en el local y se detenían ante la puerta.

—Nena, me temo que tendremos que aplazar la boda.

—¿Por qué?

—No hagas preguntas y vete al tocador.

—No tengo ganas de ir al tocador.

—Se te corrió el carmín de los labios y tus mejillas están muy

pálidas. Debra se puso en pie.

—Está bien, pero no voy a tardar más de cinco minutos.

—Correcto, nena.

La joven echó a andar hacia el tocador, pero de pronto se detuvo y volvióse para hacer una pregunta a Geoffrey.

No llegó a hacerla porque en ese momento ella también descubrió a los dos hombres que estaban junto a la puerta. Eran el pelirrojo y el gordito.

Se acercó a Geoffrey.

—Ahora comprendo por qué querías que me fuese al tocador.

—Lárgate, nena.

—No puedo.

—Esos hombres tienen ya la mano en el bolsillo y les abulta mucho.

—También tengo yo una pistola en el bolso.

—Y yo una bajo la axila. Pero no nos sirve. Si intentamos sacarla, nos balearán en un abrir y cerrar de ojos.

—No pueden matarnos aquí. Hay una docena de personas.

—Eso no les importa. Nos darán la ración de plomo lo mismo que si nos encontrásemos en un desierto.

—¿Qué podemos hacer?

—Tú nada, vete al tocador.

—No me iré, de modo que deja ya de dar órdenes.

El pelirrojo y el hombre de la gruesa papada comenzaron a andar. Llevaban las manos en los bolsillos de la gabardina y su rostro estaba muy serio, los ojos fijos en los dos jóvenes.

Geoffrey se relajó viéndolos llegar, pero de pronto se levantó de un golpe y arrojó la mesa hacia los fulanos.

—¡Al suelo, Debra! —gritó.

La mesa fue a golpear contra el gordito, el cual empezó a derrumbarse, pero el pelirrojo sacó la mano armada.

La mesa, después de golpear al gordito, se desvió hacia el pelirrojo y eso impidió que las dos primeras balas que salieron de su pistola alcanzasen a los dos jóvenes. Geoffrey tiró del arma con una endiablada velocidad.

Se puso a disparar como un loco.

El pelirrojo recibió dos plomos en el pecho y se derrumbó lanzando un aullido.

El gordito estaba sentado en el suelo y se disponía a hacer fuego a su vez cuando un chorro de plomo casi lo decapitó.

Los pocos comensales que había en la sala se levantaron llenos de pánico.

Geoffrey dejó de hacer fuego y miró a la joven que había ido a parar contra la pared.

—Debra —dijo—. Ahora estás más pálida que nunca. Deberías ir al tocador a colorear tus mejillas...

Pero lo que hizo Debra fue desmayarse.

Geoffrey llegó a tiempo de tomarla en sus brazos, y empezó a palmearle las mejillas.

—Nena, no tienes tiempo para desvanecerte. La joven volvió en sí y sonrió débilmente.

—Hola, Matt Robson.

—No soy Matt Robson, sino Geoffrey McWade.

—Oh, sí, perdona...

—Nena, de un momento a otro llegará la policía; pero cuando nos libremos de ellos visitaremos nuestra embajada. Sabes lo que quiero decir, ¿verdad? Que saldremos de allí convertidos en marido y mujer.

—Geoffrey...

—Luego tomaremos el avión para nuestro país.

—Es increíble, Geoffrey.

—¿Qué es lo increíble?

—Hoy es Nochebuena. Dentro de unas horas tenía que cenar con uno de mis jefes, el doctor O'Malley.

Mandó reservar una mesa.

—Pasaremos la Nochebuena en el Atlántico, bajo un cielo de estrellas, con las olas bajo nosotros.

—Geoffrey, eres un poeta.

—He de hacerte una confesión, Debra.

—¿Sí?

—Antes de ser investigador privado, fui ladrón. ¿Te acuerdas?... Te hablé de un tío mío que robaba carteras su el subterráneo... Resulta que él...

Debra no lo dejó continuar porque le echó los brazos al cuello y lo besó en la boca.

FIN

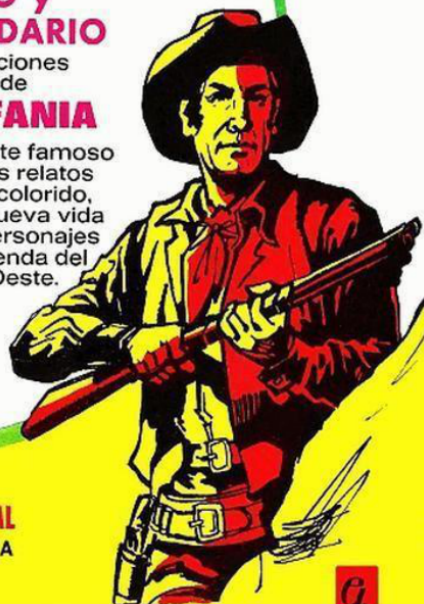
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

